



TIERRA PATRIA

*Edgar Morin
Anne Brigitte Kern*

1

LA ERA PLANETARIA

LA REVOLUCION PLANETARIA

A fines del siglo XV europeo, La China de los Ming y la India mongola eran las civilizaciones más importantes del globo. El islam, que continúa su expansión en Asia y en Africa, es la religión de la tierra más difundida. El imperio otomano, que desde Asia se ha desplegado sobre Europa oriental, aniquilado Bizancio y amenazado Viena, se ha transformado en la mayor potencia de Europa. El imperio inca y el imperio azteca reinan en las Américas y tanto Tenochtitlán como Cuzco superan en población, monumentos y esplendor a Madrid, Lisboa, París y Londres, capitales de pequeñas naciones jóvenes del oeste europeo.

Sin embargo, a partir de 1492, son esas naciones pequeñas y jóvenes las que van a lanzarse a la conquista del globo y, a través de la aventura, la guerra y la muerte, darán lugar a la era planetaria.

Después de Cristóbal Colón, Américo Vesputio reconoció el continente que llevaría su nombre. Casi a la vez (1498), Vasco da Gama encuentra la ruta oriental a las Indias bordeando Africa. En 1521 la vuelta al mundo de Magallanes experimenta la redondez de la Tierra. En 1521 y en 1532, Cortés y Pizarro descubren las formidables civilizaciones precolombinas que destruyen casi enseguida (el imperio azteca en 1522, el imperio inca en 1533). En la misma época, Copérnico concibió el sistema que hace girar a los planetas, la Tierra incluida, alrededor de ellos mismos y del Sol.

Estos son los comienzos de lo que se llama Tiempos Modernos, y que debería llamarse era planetaria. La era planetaria comienza con el descubrimiento de que la Tierra no es más que un planeta y con la comunicación entre las diversas partes de ese planeta.

Entre la conquista de las Américas y la revolución copernicana surge un planeta y se desploma un cosmos. Las concepciones del mundo más seguras y evidentes se dan vuelta. La Tierra deja de estar en el centro del universo, se instala como satélite del Sol y la humanidad pierde su lugar privilegiado. La Tierra deja de ser plana y se vuelve definitivamente redonda (el primer globo terrestre aparece en Nuremberg en 1492, y en él se inscribe en 1526 la ruta de Magallanes). Deja de estar inmóvil y se vuelve un trompo. El paraíso, que todavía buscaba Colón en la Tierra, debe ser remitido al cielo o se desvanece. El Occidente europeo descubre grandes civilizaciones, tan ricas y desarrolladas como las suyas, que ignoran tanto al dios de la Biblia como el mensaje de Cristo. La China deja de ser una excepción extraña. Europa debe reconocer la pluralidad de los mundos humanos y la provincialidad del área judeo-islámica-cristiana. Tal como la Tierra no es el centro del cosmos, Europa no es el centro del mundo.

Tal revolución precisará tiempo para inscribirse en los espíritus. Todavía en 1632 Galileo tiene que retractarse ante la Inquisición y condenar el sistema de Copérnico. Pero, por sobre todo, tal revolución no revolucionará verdaderamente el mundo oeste-europeo donde nació: éste va a olvidar su provincialidad instalando su realeza sobre el planeta. Va a olvidar la provincialidad de la Tierra convenciéndose de que la ciencia y la técnica harán de él el dueño del mundo.

LOS COMIENZOS DE LA ERA PLANETARIA

La era planetaria comienza con las primeras interacciones microbianas y humanas y sigue con los intercambios vegetales y animales entre el Mundo Antiguo y el Nuevo Mundo. Los bacilos y virus de Eurasia que siembran rubéola, herpes, gripe y tuberculosis se lanzan sobre los amerindios, a la vez que de América el trepanosoma de la sífilis salta de sexo en sexo hasta Shangai. Los encuentros del azar, los encuentros del deseo, las violaciones crean en todas partes capas mestizas en las Américas, donde se derraman los negros africanos capturados en masa, primero para compensar la hecatombe de los indios víctimas de las enfermedades europeas y de la despiadada explotación colonial, después como mano de obra esclava en las grandes plantaciones.

Los europeos implantan entre ellos el maíz, la papa, el poroto, el tomate, la mandioca, la batata, el cacao, el tabaco. Llevan a América ovinos, bovinos, caballos, cereales, vides, olivos y las plantas tropicales, el arroz, el ñame, el café, la cana de azúcar.

Con un poder nutritivo superior, el maíz reemplaza, en Italia y los Balcanes las papillas de cebada y de mijo. La papa hace cesar la penuria crónica del centro y del norte de Europa. La mandioca llega a ser el principal alimento africano. América se puebla de herbívoros domesticados y se dedica al cultivo intensivo del algodón, la caña de azúcar y el café.

Liberado del cabotaje costero, el comercio marítimo se despliega en todos los mares. En el siglo XVII se constituyen las grandes compañías marítimas inglesas, francesas y holandesas para las Indias del Este y del Oeste. Los intercambios Europa/Asia/América se multiplican y, en Europa, los productos exóticos de lujo, como café, chocolate, azúcar y tabaco se vuelven de consumo cotidiano,

Europa vive un desarrollo acelerado. Los intercambios se intensifican en ella. Los Estados nacionales construyen rutas y canales. Los países ribereños del Báltico envían maderas, granos y arenques que los países mediterráneos cambian por vinos y aceites. Irlanda y Bretaña venden carnes y mantecas saladas a las provincias interiores. España, Alemania e Inglaterra desarrollan la ganadería ovina y el comercio de lanas. La agricultura se transforma, las leguminosas (guisantes y trébol) fertilizan los suelos pobres.

Las ciudades, el capitalismo, el Estado-nación y después la industria y la técnica alcanzan una magnitud que no conoció ninguna otra civilización. Por medio de las guerras que se desarrollan no sólo en el teatro europeo sino también en América y en Asia, España, Portugal, Francia, los Países Bajos y, sobre todo a partir del siglo XVIII, Inglaterra, desarrollan un formidable poder económico, marítimo y militar que va a cubrir el globo.

La occidentalización del mundo comienza tanto por la inmigración de europeos a América y a Australia como por la implantación de la civilización europea, de sus armas, de sus técnicas, de sus concepciones en todas sus factorías, avanzadas y zonas de penetración.

La era planetaria se abre y se desarrolla en y por la violencia, la destrucción, la esclavitud, la explotación feroz de América y del África. Es la edad de hierro planetaria, en la que aún nos encontramos.

LA OCCIDENTALIZACION DEL MUNDO

En el siglo XIX, la edad de hierro planetaria está marcada por el formidable desarrollo del imperialismo europeo, en primer lugar británico, que le asegura el dominio del mundo, aunque los Estados Unidos de América y después las nuevas naciones de América latina ya se hubieran emancipado, si bien justamente sobre el modelo y según las normas y concepciones de Europa occidental. De este modo, con el colonialismo y la emancipación de las colonias de poblamiento, la occidentalización del mundo marca la nueva fase de la era planetaria.

En las últimas décadas del siglo, aunque ya comprometidas en una carrera armamentista desenfrenada, Francia, Alemania, Inglaterra y Rusia no se enfrentan todavía directamente entre ellas en sus territorios metropolitanos. Dueñas del dominio técnico y militar absoluto en relación con el resto del mundo, prefieren lanzarse sobre el propio mundo, que se dividen a golpes de garfios.

A principios del siglo XX, Gran Bretaña controla las rutas marítimas del globo y reina en las de la India, Ceylán, Singapur, Hong Kong, muchas islas de las Indias occidentales y de la Polinesia, Nigeria, Rhodesia, Kenya, Uganda, Egipto, Sudán, Malta, Gibraltar, es decir, un quinto de la superficie de la Tierra. Bajo su corona se hallan 428 millones de sujetos, un cuarto de la población mundial. Los Países Bajos poseen Malasia, Java, Borneo. Francia ocupa Argelia, Túnez, Marruecos, Indochina y gran parte del África negra. El imperio ruso se extiende en Asia hasta el Pacífico, englobando poblaciones turcas y mongoles. Alemania se ha construido un imperio de dos millones y medio de kilómetros cuadrados, poblado por catorce millones de hombres en el sudoeste de África, en Togo, Camerún,

Tanganika y en las islas del Pacífico. Italia se ha adueñado de Somalia, Trípoli y Eritrea. Bélgica se apropió del Congo, Portugal se instaló en Angola y Mozambique. China se ha dejado arrebatarse por los europeos concesiones territoriales en sus grandes puertos y prácticamente el control de todo su litoral, de Cantón a Tientsin, y ha debido conceder instalaciones ferroviarias, ventajas comerciales y facilidades financieras. Sólo Japón resistió al empuje y, adoptando sus métodos, sus técnicas y sus armas, infligió al hombre blanco su primera y humillante derrota en Port Arthur en enero de 1905. Por eso mismo contribuyó a la mundialización de la civilización occidental.

La apertura de los canales de Suez y Panamá hizo saltar los taponamientos entre el Mediterráneo y los mares de Asia, entre el Atlántico y el Pacífico. Las líneas férreas Orient-Express, Transamérica y Transiberiano unen los continentes de un extremo al otro.

La pujanza económica, el desarrollo de las comunicaciones, la inclusión de los continentes subyugados en el mercado mundial determinan formidables movimientos de población, amplificadas por el crecimiento demográfico¹ generalizado. Los campos van a poblar las ciudades industriales; los miserables y los perseguidos de Europa se van a las Américas, los osados y los aventureros parten hacia las colonias. En la segunda mitad del siglo XIX, nueve millones y medio de anglosajones, cinco millones de alemanes, cinco millones de italianos, un millón de escandinavos, de españoles y de balcánicos atravesaron el Atlántico hacia las dos Américas. También en Asia hay flujos migratorios y los chinos se instalan como comerciantes en Siam, en Java y en la península malasia, se embarcan hacia California, la Columbia británica, Nueva Gales del Sur y Polinesia, mientras que los indios se fijan en Natal y en África oriental.

Insensiblemente, la economía se ha vuelto mundial. Entre 1863 y 1873 el comercio multinacional, cuya capital es Londres, se transforma en un sistema unificado luego de la adopción del patrón oro para las monedas de los principales Estados europeos. La mundialidad del mercado es una mundialidad de concurrencias y de conflictos. Está vinculada con el despliegue mundial del capitalismo y de la técnica, con la mundialización de los conflictos entre los imperialismos, con la mundialización de la política, con la difusión mundial del modelo del Estado-nación, forjado en Europa, y que se va a transformar en un instrumento de liberación frente a los dominadores europeos, en un modo de salvaguardar las identidades amenazadas por la modernidad occidental, a la vez que en un medio para apropiarse de las armas y de los medios de esa modernidad. Los múltiples procesos de mundialización (demográficos, económicos, técnicos, ideológicos, etc.) se interfieren y son tumultuosos y conflictivos.

LA MUNDIALIZACION DE LAS IDEAS

La mundialización se opera también en el dominio de las ideas. Las religiones universalistas ya se abrían desde sus mismos inicios a todos los hombres de la Tierra. Desde los inicios de la era planetaria, los temas del "buen salvaje" y del "hombre natural" fueron antídotos, es cierto que muy débiles, a la arrogancia y el desprecio de los bárbaros civilizados. En el siglo XVIII, el humanismo de las Luces otorga a todo ser humano un espíritu apto para la razón y le confiere una igualdad de derechos. Al generalizarse, las ideas de la Revolución Francesa internacionalizan los principios de los derechos del hombre y del derecho de los pueblos. En el siglo m la teoría evolucionista de Darwin hace a todos los humanos descendientes de un mismo primate, y las ciencias biológicas van a reconocer la unidad de la especie humana. Pero a esas corrientes universalistas se oponen contracorrientes. Si se reconoce la unidad de la especie humana, se tiende a la vez a compartimentarla en razas jerarquizadas en superiores e inferiores. Si se reconoce el derecho de los pueblos, a la vez algunas naciones se creen superiores y se dan por misión guiar o dominar a toda la humanidad. Si todos los humanos sufren las mismas necesidades y pasiones primarias, a la vez los teóricos de las singularidades culturales insistirán sobre sus diferencias irreductibles. Si el hombre es en todas partes potencialmente Homo sapiens, el occidentocentrismo niega a la vez la condición de hombre plenamente adulto y razonable al "retrasado" y la antropología europea ve en los arcaicos no ya "buenos salvajes" sino "primitivos" infantiles.

Todo eso no impide que, a mediados del siglo XIX, surja plenamente la idea de humanidad, especie de ser colectivo que aspira a realizarse reuniendo sus fragmentos separados. Auguste Comte hace de la humanidad la matriz de todo ser humano. La música de Beethoven, el pensamiento de Marx, el mensaje de Hugo y de Tolstoi se dirigen a toda la humanidad. El progreso parece ser la gran ley de la evolución y de la historia humanas. Ese progreso está garantizado por los desarrollos de la ciencia y de la razón, una y otra universales en su principio. De este modo toma forma la gran promesa del progreso universal que el socialismo va a hacer suya y a la que va a dar vida.

¹ En un siglo, Europa pasa de 190 a 423 millones de habitantes y el globo de 900 a 1.600 millones.

El socialismo se proclama internacionalista en su principio y la Internacional se da como misión la unión del género humano. Se crea una Primera Internacional que aborta, luego una poderosa Segunda Internacional, que asocia a los partidos socialistas, que preparan la revolución mundial y están firmemente decididos a impedir toda guerra.

La era planetaria es también la aspiración, en esos inicios del siglo XX, a la unidad pacífica y fraterna de la humanidad.

LA MUNDIALIZACION POR LA GUERRA

Sin embargo, cada vez más tumultuoso y conflictivo, el proceso de mundialización toma otro camino. La guerra de 1914-1918 es el primer gran denominador común que une a la humanidad. Pero la une en la muerte.

En Sarajevo, una ráfaga serbia mata al heredero de los Habsburgo. El atentado se sitúa en una zona fractal en la que interfieren nacionalismos locales e imperialismos mundiales. La lenta descomposición del imperio otomano liberó virulencias nacionalistas y atizó, al mismo tiempo, la codicia de austrohúngaros, alemanes, ingleses y franceses. El disparo de Sarajevo, en una Bosnia Herzegovina poblada por serbios, croatas y musulmanes bajo el dominio de los Habsburgo, desencadena el ultimátum austriaco a Serbia, que desencadena la movilización de Rusia, la cual desencadena la movilización de Alemania, que desencadena la movilización de Francia; Alemania toma la delantera conquistando Bélgica y comprometiendo a todas las demás potencias en la guerra.

Es así que un atentado local en un rincón perdido de los Balcanes determinó una reacción explosiva en cadena que, adueñándose de toda Europa, incluye también a sus colonias de Asia y Africa, Japón, los Estados Unidos y México. Mientras la guerra se despliega en todos los océanos, canadienses, estadounidenses, australianos, senegaleses, argelinos, marroquíes y annamitas combaten en el frente europeo bajo las banderas aliadas.

Así, es el retorno centrípeto de los imperialismos europeos rivales el que determina la guerra mundial. Son las interacciones entre los grandes imperialismos y los pequeños nacionalismos las que la desencadenan y los nacionalismos exacerbados los que la nutren. Son las intersolidaridades e interrivalidades en cadena las que atraen a la guerra al resto del mundo. La guerra se vuelve total y moviliza militar, económica y psicológicamente a la población, devastando los campos, destruyendo las ciudades, bombardeando las poblaciones civiles. El compromiso total de las naciones, los progresos de las armas automáticas y de la artillería, la introducción de máquinas mecanizadas y de la aviación y, en todos los mares, de la guerra submarina, dan lugar a la primera guerra de destrucción masiva, en la que el planeta pierde ocho millones de hombres.

Se desencadena un verdadero ciclón histórico que, en su torbellino arrasador, une intereses imperialistas, delirios nacionalistas y todas las fuerzas técnicas e ideológicas desencadenadas en y por la edad de hierro planetaria. Sería simplista preguntarse si la explicación de la guerra es marxista (rivalidades de los imperialismos) o shakesperiana (el desencadenamiento del estruendo y el furor, el delirio de la voluntad de poder), porque la guerra es el producto histórico monstruoso de la copulación furiosa de Marx y Shakespeare.

Así, Europa, cima del mundo, se hunde en el abismo. Su decadencia abre una fase nueva de la era planetaria.

La tormenta no se detiene en 1918, pues, ya en 1917, se origina un nuevo ciclón, a partir del primero. Aparentemente es la revancha del internacionalismo, aplastado en 1914, que se aprovecha del derrumbe del zarismo ruso para crear, según las intenciones orgullosamente proclamadas por Lenin, el primer foco de la revolución mundial. Pero la revolución fracasa en Alemania, no toma cuerpo en Inglaterra ni en Francia ni en el resto del mundo, sino fugitivamente en Hungría. A la revolución internacionalista de Petrogrado y Moscú responde, vencida Alemania, una intervención internacional de las potencias. Guerra civil, intervención extranjera, ruina, hambres. El Estado bolchevique, exánime, conserva los territorios del imperio zarista después de que la guerra y el hambre matan a trece millones de hombres; establece un régimen con finalidades comunistas sobre un sexto del globo. Pero, en su victoria, hace aparecer una forma política nueva y monstruosa, nacida del avasallamiento del Estado moderno por un partido hipercentralizado, y cuya difusión será planetaria: el totalitarismo.

Como reacción al comunismo, recuperarán su virulencia los nacionalismos y, en la Italia frustrada, en situación Prerrevolucionaria, aparece el fascismo, segundo totalitarismo, idéntico al comunismo en su sistema de partido único y antagonista en su ideología nacionalista. Por su parte, la URSS se verá progresiva y disimuladamente penetrada desde su interior por el nacionalismo y el imperialismo.

Las convulsiones planetarias, comenzadas en 1914 y actualizadas en 1917, no cesarán: se activarán en cadena unas a las otras.

La economía mundial se ve agitada por sobresaltos a principio de los años 20 hasta que, en medio de una prosperidad reencontrada, la gran crisis de 1929 revela en el desastre la solidaridad económica planetaria: un crac en

Wall Street propaga la depresión económica a todos los continentes. Después de dos años de crisis, una cuarta parte de la mano de obra de los países industrializados se encuentra sin trabajo.

Entonces los efectos de la Primera Guerra Mundial, de la revolución bolchevique y de la crisis mundial van a conjugarse y concentrarse en Alemania, donde la onda de choque originada en Wall Street golpeó en 1931 con extremada brutalidad; las desdichas y angustias de la desocupación y la miseria reavivan el sentimiento de humillación nacional causado por el tratado de Versalles, y el temor al comunismo "apátrida" va a inflamar el deseo de revancha nacionalista y el odio a los judíos, señalados por Hitler como los manipuladores diabólicos de un complot internacional plutócrato-bolchevique. El Partido nacionalsocialista obrero alemán (NSDAP), que en su nombre concentra las virulencias nacionalistas y las aspiraciones socialistas, llega legalmente al poder en 1933 y pronto instala un sistema totalitario de partido único; su ideología de la superioridad de la raza aria despierta el imperialismo pangermanista y empuja a la Alemania nazi a dominar Europa.

Los años treinta son dramáticos. Estallan nuevas tormentas sobre el planeta. El ejército japonés conquista China, donde comienza una guerra que durará hasta 1945 y se prolongará luego en guerra civil hasta 1949. En todas partes, en medio de la crisis, las embestidas fascistas y las embestidas revolucionarias se topan, provocando motines, combates callejeros y, en España, guerra civil. Salvo en Estados Unidos y en Inglaterra, las democracias revelan su vulnerabilidad. El reinicio de la marcha de la máquina de guerra alemana entraña en todas partes el reinicio de la carrera armamentista, que amortigua la crisis económica -aunque en la mayor parte de los países subsista más de un diez por ciento de desocupados. El comunismo estalinista revela su horror en los procesos de Moscú y el nazismo hitlerista revela el suyo en los campos de concentración, los guetos y el estigma a los judíos, la liquidación física de Rohm y de la SA. Muchos espíritus desorientados por el avance de los peligros, incapaces de creer en una democracia impotente, oscilan entre el fascismo y el estalinismo, sin saber cuál de los dos representa el mal menor. Alemania remilitarizada anexa Austria, hace triunfar sus exigencias sobre los Sudetes y se los apropia, avasalla Checoslovaquia, reclama Danzig, conquista Polonia. La Segunda Guerra Mundial se desencadena en septiembre de 1939.

La Alemania nazi conquista Noruega, Holanda, Bélgica y Francia en 1940; después, flanqueada por la Italia musoliniana, domestica o conquista los otros países europeos (1940-1941), salvo España, Turquía, Portugal, Suiza y, parcialmente, Suecia. La guerra se mundializa con el ataque alemán a la URSS, el ataque japonés a Pearl Harbor (diciembre de 1941), la guerra en Libia y Egipto, la guerra naval en todos los mares, el despliegue de los bombardeos aéreos sobre todas las naciones en conflicto, hasta la destrucción del Tercer Reich en Berlín en mayo de 1945 y el aniquilamiento de las ciudades de Hiroshima y Nagasaki en agosto del mismo año.

De cien millones de hombres y mujeres comprometidos en el conflicto mundial, quince millones de hombres armados fueron muertos y hubo treinta y cinco millones de víctimas entre los civiles; las dos bombas atómicas estadounidenses lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki produjeron, ellas solas, setenta y dos mil muertos y ochenta mil heridos, completando en hipérbole la masacre mundial.

DE LA ESPERANZA A LA ESPADA DE DAMOCLES

Con la destrucción del nazismo habían tomado cuerpo esperanzas inmensas en un mundo nuevo de paz y de justicia, olvidando o ignorando que el ejército Rojo no traía la liberación sino otra servidumbre, y que el colonialismo había recommenzado su empresa en Africa y en Asia. La Organización de las Naciones Unidas, instituida por la coalición victoriosa, pronto se encontró paralizada por la rápida cristalización del mundo en dos campos que iban a entrar en conflicto en todos los puntos del globo.

La Guerra Fría comienza en 1947. El planeta se polariza en dos bloques y en todas partes se libra una guerra ideológica sin misericordia. A pesar del equilibrio del terror atómico, el mundo no se halla estabilizado. La bipolarización Este-Oeste, entre 1946 y 1989, no impidió que se produjeran enormes destrucciones, insurrecciones y transformaciones en el planeta. El globo cambia de cara con la dislocación y, la liquidación de los imperios coloniales, que a veces se realizan al precio de guerras implacables (las dos guerras de Vietnam, la guerra de Argelia). Surge el Tercer Mundo, formado por naciones nuevas, muchas veces integradas por etnias heterogéneas, donde nacen nuevos problemas (opresión a las minorías, rivalidades religiosas) y donde, salvo en algunos grandes conjuntos federados como la India o Malasia, una balcanización artificial separa territorios complementarios; esas naciones se ven tironeadas entre Este y Oeste, es decir entre dos recetas de desarrollo que, muy frecuentemente, no aportan soluciones sino dictaduras militares o totalitarias, la corrupción, la explotación, la degradación de las culturas indígenas. En Bandung (abril de 1955) parece diseñarse una "tercera vía" neutralista: guiada por la India, Egipto y Yugoslavia, también ella encuentra dislocación y desgracia.

En esos años, la enorme China, Vietnam y Cuba escapan de la órbita occidental y se unen al "campo socialista". Egipto, Irak, y Siria cambian y vuelven a cambiar de campo. Después de la formación del Estado de Israel, el Medio Oriente se vuelve una zona de fracturas y pestilencias para el mundo entero: aquí la guerra fría se transforma en beligerancia crónica, con estallidos periódicos de verdaderas guerras (guerra del Sinaí en 1956, guerra de los Seis Días en 1967, guerra de Yom Kippur en 1973, Guerra del Líbano en 1975): es en ese Medio Oriente donde se manifiestan los enfrentamientos entre cristianismo, judaísmo e islamismo, entre tradición y modernismo, entre Oriente y Occidente, entre laicidad y religiosidad, a la vez que se concentran enormes conflictos de intereses por la apropiación y control del petróleo.

El enorme bloque comunista unido por "la amistad eterna e infalible" entre la URSS y la China se disocia a partir de 1960: una nueva guerra fría enfrenta a las dos ex repúblicas hermanas, y la URSS de Breznev llega a sentirse tentada de utilizar el arma atómica contra la China de Mao.

Más allá de algunas calmas pasajeras, los antagonismos entre los dos grandes sistemas conservan su virulencia hasta 1985 y se exasperan con la guerra de Afganistán, mientras se intensifican los enfrentamientos laicidad/religión, Oriente/Occidente, Norte/Sur, modernidad/fundamentalismo y se profundiza el abismo ideológico donde se va a desplomar la certidumbre de un futuro mejor.

Entre 1956 y 1970 la esperanza en el mesianismo revolucionario se va a desplazar de la URSS a la China y revivirá con Vietnam y Cuba. Pero, con el deterioro del mito del "socialismo real" comenzado con el informe Jrushev, continuado con la represión a la revolución húngara (1957) y con la primavera de Praga (1968), el mito del socialismo chino se deteriora a su vez hacia 1975 (el complot de Lin Piao, el asunto de la Banda de los Cuatro) tanto como el mito de Vietnam liberador (dominio de Camboya) y el de Cuba libre. Por último, con el proceso reformador de la perestroika que conduce a la implosión del totalitarismo comunista y a la dislocación de su imperio (1987-1991), se hunde la gran religión de salvación terrestre que había elaborado el siglo XIX para suprimir la explotación del hombre por el hombre, y que el siglo XX había hecho surgir de las pruebas abominables de las dos guerras mundiales para terminar con las guerras, las opresiones y las desdichas de la humanidad.

Los modelos occidentales, la democracia, las leyes del mercado y los principios de la libre empresa triunfan claramente. Pero el derrumbe del totalitarismo del Este no enmascarará por mucho tiempo los problemas de la economía, de la sociedad y de la civilización en el Oeste, no reducirá para nada los problemas del Tercer Mundo, transformado en el Mundo del Sur, ni aportará en absoluto un orden mundial pacífico.

La invasión de Kuwait y la guerra del Golfo (1991-1992) prueban que el Medio Oriente sigue siendo una línea de fractura mundial. La guerra entre armenios y azerís muestra que esa línea se prolonga hacia el norte, atravesando la ex Unión Soviética, y las presiones islamistas en Africa del norte, en especial en Argelia, prueban que la línea se prolonga hacia el oeste en el Mediterráneo.

Además, desde 1991 se hallan en formación nuevos tornados históricos.

La descomposición del totalitarismo desencadena una triple crisis en todos los países del antiguo imperio soviético. Una crisis política, nacida de la fragilidad e insuficiencia democrática de los nuevos regímenes, corroídos por las burocracias y mafias que mantienen una continuidad con el antiguo sistema, guiados a menudo por ex *aparachiks* brutales transformados en nacionalistas para permanecer en la cresta de la ola. Una crisis económica, producto de la transición de empobrecimiento, incertidumbre y desorden que amenaza prolongarse, entre un viejo sistema desprestigiado, pero que proporcionaba un mínimo vital y de seguridad, y un nuevo sistema del que todavía no se manifiesta ninguno de los beneficios esperados. Una crisis nacionalista, que cobra virulencia con la erupción de etnocentrismos y particularismos, el retorno de odios muchas veces milenarios resucitados por los problemas de minorías y de fronteras. Esas crisis se estimulan unas a las otras. Los desórdenes y la miseria, unidos a la exasperación nacionalista, favorecen la aparición de nuevas dictaduras, militares o populistas, y transforman las disociaciones territoriales en conflictos armados, como los de Moldavia, Armenia-Azerbaiján, Georgia o Yugoslavia.

Las convulsiones del poscomunismo aceleran y amplifican un formidable proceso de retorno al pasado, la tradición, la religión, la etnia, nacido, en todo el mundo, de la crisis de futuro² de los sobresaltos de la identidad contra la homogenización. Si bien la defensa de las identidades culturales se muestra como un fenómeno saludable, antihegemónico y antihomogenizante, descentralizador y conductor de autonomía, con la condición de que se integre en un marco asociativo, la dislocación y la desintegración de imperios y naciones poliétnicos, en la desenfadada carrera cada etnia por la soberanía estatal absoluta, amenaza hoy el futuro del plantea. En los hechos, en los finales de este siglo y quizá más allá, se ha entablado una lucha mundial multiforme entre las fuerzas de asociación y las fuerzas de disociación, entre las fuerzas de integración y las de desintegración. Su lucha es aleatoria y el futuro se abre sobre esa incertidumbre. Pero lo que es cierto es que la historia mundial ha retomado su marcha escandalosa, corriendo hacia un futuro desconocido y, a la vez, retornando hacia un pasado desaparecido.

² Véase el capítulo 3, "La agonía planetaria".

Más aún: en 1945 la bomba de Hiroshima hizo entrar a la edad de hierro planetaria en una fase de Damocles. El temor al peligro nuclear, amortiguado por un tiempo, se despertó la última década. Si, por un lado, Estados Unidos y Rusia se ocupan de reducir un stock nuclear capaz de destruir muchas veces la humanidad, por otro, el arma se disemina, se miniaturiza: pronto será propiedad de Estados paranoicos y estará a disposición de dictadores locos y de grupos terroristas. La potencialidad de autodestrucción acompaña de aquí en más la marcha de la humanidad. Otra espada de le Damocles apareció con el alerta ecológico de 1970-72; en los años 1980 se toma conciencia de que el desarrollo tecnointustrial determina degradaciones y contaminaciones múltiples y de que, hoy, la muerte planea en la atmósfera, comprometida por el recalentamiento por el efecto invernadero. Es así que se ha introducido un nuevo tipo de muerte en la esfera de la vida de la que forma parte la humanidad.

LA MUNDIALIZACION ECONOMICA

En un diálogo que se ha vuelto mundial entre las fuerzas de integración y de desintegración culturales, de civilización, psíquicas, sociales y políticas, la propia economía se ha mundializado progresivamente y progresivamente se ha vuelto más y más frágil; es así que la crisis económica surgida en 1973 de una penuria de petróleo ha sufrido diversos avatares sin terminar de desaparecer.

La economía mundiales es cada vez más un todo interdependiente: cada una de sus partes se ha vuelto dependiente del todo y, recíprocamente, el todo sufre las perturbaciones y accidentes que afectan las partes.

La caída de los precios del café, por ejemplo, lleva a los campesinos de Colombia a cultivar la coca, que va a alimentar las redes planetarias de transformación y tráfico de la droga, y luego del blanqueo del dinero en bancos de países como Suiza. En el sentido inverso, una reivindicación de un aumento del cinco por ciento en los salarios en Alemania puede afectar el precio del cacao en la Costa de Marfil, vía una disminución del ritmo general de la actividad económica: (a) la reivindicación incita al Banco Central a restringir la liquidez y aumentar las tasas de interés, por temor a la inflación; (b) el Banco de Francia hace lo mismo para evitar la fuga de capitales hacia Alemania, (c) capitales japoneses se instalan en Alemania; (d) cortos de fondos, los Estados Unidos suben las tasas de interés; (e) en todo el mundo el consumo disminuye y por ende lo hace la actividad económica; (f) los países del Tercer Mundo, cuyas tasas de interés se hallan indexadas, deben rembolsar a tasas más elevadas; (hay menos demanda de exportaciones para los países subdesarrollados y el precio de las materias primas disminuye, como el cacao de la Costa de Marfil).

La mundialización económica unifica y divide, iguala y provoca desigualdades. Los desarrollos económicos del mundo occidental y el Este asiático tienden a reducir, en ese caso, las desigualdades, pero la desigualdad aumenta en la escala del globo entre "desarrollados" (donde el veinte por ciento de la población consume el ochenta por ciento de los productos) y subdesarrollados.

EL HOLOGRAMA

No sólo cada parte del mundo forma parte del mundo cada vez más, sino que el mundo como todo está cada vez más presente en cada una de sus partes. Esto se verifica no sólo para las naciones y los pueblos, sino también para los individuos. Así como cada punto de un holograma contiene la información del todo del que forma parte, así, de aquí en más, cada individuo recibe o consume informaciones y sustancias de todo el universo.

Así el europeo se despierta cada mañana encendiendo la radio japonesa donde recibe los acontecimientos del mundo: erupciones volcánicas, terremotos, golpes de Estado, conferencias internacionales le llegan mientras toma su té de Ceylán, India o China –a menos que se trate de un café moka, de Etiopía o de una variedad de América latina-; se sumerge en un baño espumoso de aceites tahitianos y utiliza un *after-shave* con esencias exóticas, viste su ropa tejida, su slip, su camisa de algodón de Egipto o de la India; usa chaqueta y pantalón de lana australiana manufacturada en Manchester y en Roubaix-Tourcoing, o bien un sacón de cuero proveniente de China sobre unos jeans tipo USA. Su reloj es suizo o japonés. Sus anteojos tienen marco de caparazón de tortuga de Galápagos. Su portafolios es de pecarí del Caribe o de reptil africano. En invierno en su mesa puede encontrar fresas y cerezas de la Argentina o Chile, judías verdes frescas de Senegal, aguacates o ananás de Africa, melones de Guadalupe. Tiene, a gusto, rum de Martinica, vodka ruso, tequila mexicano, bourbon estadounidense, malta irlandesa. En su casa puede escuchar una sinfonía alemana dirigida por un director coreano, a menos que se instale frente a su televisor y asista a *La Bohème*, con la negra Barbara Hendricks como Mimí y el español Plácido Domingo como Rodolfo.

En su villa miseria, el africano no se integra a ese circuito planetario de confort, pero se halla en el circuito planetario. En su vida cotidiana sufre los contragolpes del mercado mundial, que afectan los precios del cacao, del azúcar, de las materias primas que produce su país. Fue expulsado de su pueblo por procesos mundiales originados en Occidente, en especial el progreso del monocultivo industrial: de campesino autosuficiente se ha transformado en un habitante de suburbios en busca de un salario; a partir de ahora sus necesidades se traducen en términos monetarios. Aspira al bienestar. Utiliza vajilla de aluminio o de plástico, bebe cerveza o Coca-Cola. Se acuesta sobre planchas recuperadas de espuma de poliestireno y lleva remeras impresas a la manera estadounidense. Baila con músicas sincréticas en las que los ritmos de su tradición se incorporan a una orquestación proveniente de Estados Unidos, llevando la memoria de lo que sus ancestros esclavizados habían aportado. Ese africano, transformado en objeto del mercado mundial, se ha transformado también en sujeto de un Estado montado sobre el modelo occidental. Así, para bien o para mal, cada uno de nosotros, rico o pobre, lleva en sí, sin saberlo, el planeta entero. La mundialización es a la vez evidente, subconsciente y omnipresente.

BOSQUEJOS DE CONCIENCIA PLANETARIA

A pesar de todas las regresiones e inconsciencias, en la segunda mitad del siglo XX existe un bosquejo de conciencia planetaria a partir de:

1. La persistencia de una amenaza nuclear global

La amenaza atómica fue y continúa siendo un factor de conciencia planetaria. El gran temor virulento de 1945-1963, anestesiado en la época del equilibrio del terror, renace. Mientras nuevos tiempos de perturbaciones siguen a los antiguos, el arma nuclear resucita la globalidad de una amenaza para la humanidad miniaturizándose y diseminándose en Estados nuevos.

2. La formación de una conciencia ecológica planetaria

El objeto de la ciencia ecológica es cada vez más la biosfera en su conjunto, y eso en función de la multiplicación de las degradaciones y contaminaciones en todos los continentes y, finalmente, a partir de los años 1980, de la detección de una amenaza global sobre la vida del planeta. Así ha habido una toma de conciencia progresiva, que se ha manifestado en Río en 1992, sobre la necesidad vital para toda la humanidad de salvaguardar la integridad de la Tierra.³

3. El ingreso al mundo del Tercer Mundo

La descolonización de los años 1950-1960 hizo aparecer en la primera fila del globo a mil quinientos millones de seres humanos, hasta entonces rechazados por Occidente a los bajos fondos de la historia. Dos tercios del mundo, lo que se llama Tercer Mundo, entraron al mundo. Inspire esa humanidad temor o compasión, sus tragedias, sus carencias, su masa nos llevan sin cesar a relativizar nuestras dificultades eurooccidentales, a mundializar nuestra percepción y nuestra concepción de las cosas humanas. En los hechos, los problemas del Tercer Mundo (población, alimentación, desarrollo) se sienten, cada vez más, como problemas del mundo mismo.

A la vez, y a pesar de todos los enclaustramientos etnocéntricos, la era planetaria lleva a reconocer simultáneamente la unidad del hombre y el interés de las culturas que han diversificado esa unidad. Como consecuencia de la difusión de obras de antropólogos como Lévi-Strauss, Malauri, Clastre, Jaulin, de películas documentales o de filmes como *Los hombres de Aran*, *Sombras blancas*, *Nanuk o Dersu Uzala*, visión occidentalocéntrica, que consideraba como retrasados a los seres humanos de sociedades no occidentales, o como infantiles a los de las sociedades arcaicas, hizo lugar lentamente a una percepción más abierta que descubre su sagacidad y su *savoir-faire*, así como la riqueza y la diversidad sorprendentes de las culturas del mundo.

4. El desarrollo de la mundialización de la civilización

Esto ocurre, para bien o para mal: para mal, entraña destrucciones culturales irremediabiles, homogeniza y estandariza las costumbres, los usos, el consumo, el alimento (*fast-food*), el viaje, el turismo; pero esa mundialización opera también para bien, porque proporciona usos, costumbres, géneros de vida comunes a través de las fronteras nacionales, étnicas y religiosas y hace saltar algunas barreras de incompreensión entre individuos o pueblos. Desarrolla vastos sectores de laicización y de racionalidad donde ya no intervienen prohibiciones y maldiciones religiosas. Las

³ Sobre el problema ecológico planetario, véase el capítulo 3, "La agonía planetaria".

comunicaciones se multiplican entre los adolescentes, que asumen las mismas aspiraciones, la misma cultura cosmopolita, los mismos códigos. Por su parte, ingenieros, científicos y hombres de negocios circulan en redes internacionales de relaciones, coloquios, congresos, seminarios. Pero también hay que decir que las contracorrientes que sacralizan la nación y la etnia restablecen las clausuras y los rechazos. Aquí también el mismo proceso importa una ambivalencia profunda.

5. El desarrollo de una mundialización de la cultura

Mientras que la noción de civilización cubre esencialmente todo lo que es universalizable -técnicas, objetos utilitarios, *savoir-faire*, modas y géneros de vida basados en el uso y el consumo de esas técnicas y objetos-, la noción de cultura abarca todo lo que es singular, original, propio de una etnia, de una nación. Sin embargo, los contenidos de esas dos nociones pueden trasvasarse parcialmente uno al otro. En otro lugar⁴ señalé que la ciencia, la técnica, la racionalidad y la laicidad fueron productos históricos singulares de la cultura occidental antes de llegar a ser elementos de civilización universalizados. Posteriormente la difusión de esa civilización, generalizando nuevos modos de vida y de pensamiento, crea una cultura cosmopolita, cultura de la era planetaria.

El devenir cultural es un proceso ambivalente con dos aspectos antagónicos: (1) homogenización, degradación, pérdida de diversidades; (2) encuentros, nuevas síntesis, nuevas diversidades.

Cuando se trata de arte, música, literatura, pensamiento, la mundialización cultural no es homogenizante. Se constituyen grandes ondas trasnacionales, pero que favorecen la expresión de las originalidades nacionales en su seno. Eso en Europa con el clasicismo, las Luces, el romanticismo, el realismo, el surrealismo. Las traducciones de una a otra lengua de novelas, ensayos, libros filosóficos, permitieron a cada país acceder a las obras de otros países y nutrirse de cultura europea alimentándola con las propias obras. El siglo XX vive la mundialización de ese proceso cultural. Las traducciones se multiplican. Las novelas japonesas, latinoamericanas o africanas se publican en las grandes lenguas europeas, y las novelas europeas se publican en Asia y en las Américas. Claro está que esa nueva cultura mundial, que recoge los aportes originales de múltiples culturas, todavía se halla acantonada en esferas reducidas de cada nación; con todo, su desarrollo es un rasgo característico de la segunda parte del siglo XX.

Paralelamente, las culturas orientales suscitan en Occidente curiosidades e interrogantes diversos. Occidente ya había traducido el *Avesta* y las *Upanishadas* en el siglo XVIII, Confucio y Lao-Tse, en el siglo XIX, pero los mensajes del Asia permanecían como objetos de estudios eruditos. Sólo en el siglo XX las filosofías y místicas del Islam, los textos sagrados de la India, el pensamiento del Tao y el del budismo se tornan fuentes vivas para el alma occidental atraída/encadenada en el mundo del activismo, del productivismo, de la eficacia, de la diversión. Surge entonces una demanda que cubren las formas vulgarizadas y comercializadas del yoga y del zen, que prometen la armonía del cuerpo y la paz del alma.

6. La formación de un folklore planetario

A lo largo de este siglo, los medios produjeron, difundieron y mezclaron un folklore mundial a partir de temas originales tomados de diferentes culturas, respetados o sincretizados. Todo comenzó en los años 1920 en el cine; en sus inicios "diversión de ilotas", según la expresión del académico Georges Duhamel, que expresaba el desprecio de la casta intelectual y universitaria, el cine se transformó en arte a la vez que en industria, en una paradoja ininteligible por mucho tiempo para la alta inteligencia, y, después de un tiempo de purgatorio, fue reconocido como el séptimo arte. La formidable "Fábrica de sueños" de Hollywood creó y propagó un nuevo folklore mundial con el *western*, el cine "negro", el *thriller*, la comedia musical, el dibujo animado de Walt Disney a Tex Avery. Las naciones occidentales y luego las orientales produjeron su cine. Es cierto que en muchos filmes hay más fabricación que creación, pero lo maravilloso es que el arte del cine floreció en todas partes, en todos los continentes y que, con el recurso del doblaje y la difusión de aparatos de televisión, se volvió un arte mundializado, preservando sin embargo las originalidades de los artistas y de las culturas. Incluso se puede señalar que en las coproducciones que reúnen realizadores, actores y artistas de diferentes nacionalidades, como se hace tanto hoy en día, desde el *Gatopardo* de Visconti a *Ran* de Kurosawa, a través del cosmopolitismo de su producción alcanzan una autenticidad estética que se perdió en los folklores regionales empobrecidos...

Integraciones y encuentros constituyen y enriquecen un folklore planetario, que ha desparramado por el mundo el jazz, ramificado en diversos estilos a partir de Nueva Orleans, el tango, nacido en el barrio portuario de Buenos Aires, el mambo cubano, el vals vienés, el rock estadounidense, que ha producido variedades diferenciadas en el mundo entero. Ha integrado la cítara india de Ravi Shankar, el flamenco andaluz, la melopea árabe de Um Kalsum, el huyano de los Andes; suscitó los sincretismos de la salsa, del rai, del flamenco-rock.

⁴ E. Morin, *Penser l'Europe*, Paris, Gallimard, 1987, pp. 10 1- 158.

El desarrollo de la mundialización cultural es evidentemente inseparable del desarrollo mundial de redes mediáticas y de la difusión mundial de modos de reproducción (cassettes, discos compactos, videos).

7. La teleparticipación planetaria

Las guerras de Asia eran totalmente ignoradas en Europa hasta principios del siglo XX: la invasión a China por parte de Japón en 1931 fue demasiado periférica y lejana y conocida algunas imágenes transmitidas tardíamente en los noticieros cinematográficos. La guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-1935) tuvo lugar en otro planeta. Sólo de 1950 la guerra de Corea, la de Vietnam y (con la generalización de la televisión) las de Medio Oriente se han vuelto cercanas.

Desde entonces el mundo llega cotidianamente a los hogares a la hora de la comida, con imágenes de inundaciones, ciclones, coladas de lava o de lodo, hambrunas, matanzas, revoluciones de palacio, atentados, juegos y campeonatos mundiales e internacionales. No hay ningún hecho, ningún acontecimiento, ninguna catástrofe que no sean captados por una cámara y enviados a todos los horizontes en centenares de millones de instantáneas. El mundo vio en directo el asesinato del presidente Kennedy en Dallas en 1963, después el asesinato de su presunto asesino, la llegada de Sadat a Jerusalén y después su asesinato en 1981, el atentado contra el Papa en San Pedro en Roma, el asesinato de Indira Gandhi, el de su hijo Rajiv que la había sucedido, Boris Yeltsin treparse a un blindado para desafiar a los golpistas de Moscú, el descenso del avión de Mijail Gorbachov luego de su secuestro, el asesinato de Mohamed Boudiaf casa de la cultura de Anaba. Desde 1991 la CNN barre cotidianamente con su mirada-cámara todos los acontecimientos de todos los puntos del mundo: nos instaló en Bagdad durante los bombardeos estadounidenses, en Tel-Aviv durante la intercepción de los Scud por los Patriot, nos ubicó en el cortejo de investidura de Bill Clinton.

Extraña mundialización: como espectadores consumimos las tragedias, hecatombes y horrores de este mundo, pero, también, participamos en la vida de los otros y nos emocionamos con las desdichas de los otros. Quizá sea el tiempo de que a partir de una información brote la emoción humana y uno vaya a llevar ropa y su óbolo a las oficinas internacionales de socorro y a las misiones humanitarias.

Es cierto que a principios de siglo se hacían ventas de caridad o colectas filantrópicas para alimentar a los "chinitos". Pero las desdichas del mundo no llegaban ni a los ojos ni a los oídos occidentales. Después, por mucho tiempo, la guerra ideológica provocó ceguera y sordera frente a las torturas cometidas al servicio de la buena causa. La brecha en el muro de insensibilidad se abrió entre 1969 y 1970 con la intervención en Biafra de médicos sin fronteras ideológicas. Hoy hay interés, se compadecen las miserias de los otros porque se las ve (pero solamente cuando se las ve)⁵ entonces ayuda médica y alimentaria se encamina hacia los lejanos lugares de sufrimiento.

De este modo se ha constituido la teleparticipación planetaria: las catástrofes que golpean en nuestras antípodas provocan olas de compasión fugitivas y el sentimiento de pertenencia a la misma comunidad de destino, la del planeta Tierra. Nos sentimos planetarios por los telenoticieros.

Así existe la "aldea global" de McLuhan: unida y dividida como una aldea, atravesada de incomprensiones y de enemistades cómo una aldea.

8. La Tierra vista desde la Tierra

El planeta Tierra se reveló recientemente a los ojos de los ojos. Después del primer Sputnik de 1957 y del primer vuelo circunferente del Magallanes espacial Gagarín, gran parte de la humanidad pudo contemplar en las pantallas de televisión, en 1969, la Tierra vista desde la Luna. Desde entonces esa presencia planetaria, diseminada y multiplicada en diarios, posters y remeras, encontró su morada en cada uno.

A pesar de las fijaciones particularistas, locales, etnocéntricas, a pesar de la incapacidad para contextualizar los problemas (que no proviene sólo de campesinos aislados sino también de tecnócratas abstractos), a pesar de las percepciones parcelarias, de las visiones unilaterales y de las focalizaciones arbitrarias, el sentimiento de que hay una entidad planetaria a la que pertenecemos y de que hay problemas propiamente mundiales se vuelve concreto, y lleva en él una tendencia a la conciencia planetaria. De esa forma, de modo todavía intermitente pero múltiple, la *global mind* se desarrolla.

EL SURGIMIENTO DE LA HUMANIDAD

⁵ Es así como las hecatombes de los campos nazis no fueron reconocidas sino con la llegada a esos lugares de las tropas aliadas, los millones de muertos del Gulag fueron ignorados por décadas, los horrores de la revolución cultural china quedaron muertos; y, hoy como mañana, hay y habrá zonas de sufrimiento y de terror escondidas o ignoradas porque no se ha colocado allí una cámara de televisión.

Al viejo sustrato bioantropológico que constituye la unidad de la especie humana se agrega de aquí en más un tejido de comunicaciones, de civilización, cultural, económico, tecnológico, intelectual e ideológico. La especie humana se nos aparece en adelante como humanidad. En lo sucesivo la humanidad y el planeta pueden revelarse en su unidad, no sólo física y biosférica, sino también histórica: la de la era planetaria.

Migraciones y mestizajes, productores de nuevas sociedades poliétnicas, policulturales, parecen anunciar la patria común para todos los humanos. Sin embargo, en las formidables mezclas de población hay todavía más yuxtaposición y jerarquización que verdadera integración; en el encuentro de culturas la incompreensión prevalece todavía sobre la comprensión; por medio de las ósmosis, las fuerzas de rechazo siguen siendo muy fuertes. La mundialidad crece, pero el mundialismo apenas se levanta.

La humanidad comunicante sigue siendo una humanidad en *patchwork*. La balcanización se agrava paralelamente con la mundialización (véase el capítulo 3). Hay embriones de acción y de pensamiento planetarios, pero con enormes retrasos y parálisis por efecto de localismos y provincialismos. La unidad intersolidaria del planeta no ha llegado a ser una unidad de sociedad (de naciones) y, aunque de aquí en más haya una comunidad de destino, todavía no hay conciencia común de ese *Schicksalgemeinschaft*.

Por el contrario: tal como en la primera parte del siglo XX la interdependencia planetaria se manifestó en dos guerras mundiales, en este fin de milenio los progresos de la planetarización se manifiestan en convulsiones agónicas.

2

LA CEDULA DE IDENTIDAD TERRESTRE

Las ideas que, sobre la naturaleza del universo, sobre la naturaleza de la Tierra, sobre la naturaleza de la vida y sobre la naturaleza misma del hombre, parecían más indudables, se han desmoronado en los años 1950-1970 a partir de progresos concomitantes de la astrofísica, las ciencias de la Tierra, la biología y la paleontología. Esos progresos revolucionarios permiten la emergencia de una nueva conciencia planetaria.

DE UN COSMOS A OTRO

Por milenios, el mundo tenía como centro una Tierra real, alrededor de la cual el Sol y los planetas cumplían su ronda obediente. Ese mundo había sido observado a por los astrónomos de la Antigüedad y confirmado por el sistema de cuya validez perdurará hasta los inicios de los tiempos modernos.

Después, con Copérnico, Kepler y Galileo, la Tierra ya no fue el centro del universo y se transformó en un planeta redondo que giraba alrededor del Sol, lo mismo que otros planetas. Pero el Sol quedó en el centro de todas las cosas. Hasta fines del siglo XVIII el universo continuó obedeciendo un orden impecable, que daba testimonio de la perfección de su creador divino. Newton había establecido las leyes que aseguraban el ballet de los cuerpos de la armoniosa mecánica celeste. A principios del siglo XIX, Laplace descartó el Dios Creador de un universo autosuficiente y que se había vuelto una máquina perfecta para siempre. Y, hasta fines del siglo XX, el universo permaneció impecablemente estático. Aún cuando Einstein le retiró todo centro privilegiado, conservó su carácter increado, autosuficiente, perpetuado hasta el infinito.

Fue sólo en 1923 cuando la astronomía descubrió la existencia de otras galaxias, que pronto se contaron por millones y, desde entonces, marginaron la nuestra; en 1929, el descubrimiento de Hubble del desplazamiento hacia el rojo de la luz emitida por las galaxias lejanas proporcionó la primera indicación empírica de la expansión del universo. Las galaxias se alejan unas de las otras en una deriva universal que alcanza velocidades terroríficas, y esa derrota hace que se derrumbe el orden eterno del universo.

Ese universo que se dilata y se dispersa va a sufrir un cataclismo todavía más grande en la segunda mitad del siglo XX. En 1965, Penzias y Wilson captan una radiación isotrópica proveniente de todos los horizontes del universo: ese "ruido de fondo cosmológico" no puede ser explicado lógicamente sino como residuo fósil de una deflagración inicial, y la hipótesis de un universo cuya expansión dispersiva sería fruto de una catástrofe primordial cobra ahora consistencia. Desde entonces se supone que a partir de un *fiat lux* inicial el universo habría surgido como radiación a una temperatura de 10^{11} grados K y que en un primer millonésimo de segundo se habrían creado los fotones, tanto como los quarks, electrones y neutrinos. Después, en la intensa agitación térmica en la que comenzaba un enfriamiento

progresivo, los encuentros entre partículas formaron nodos (protones) y luego átomos de hidrógeno. En adelante habría que comprender cómo, en ese universo primitivo homogéneo, han podido aparecer las primeras disparidades que podrían explicar su dislocación en metagalaxias desiguales, madres de galaxias y estrellas. Esa es la información que el satélite Cobe proporcionó en abril de 1992, al detectar en los confines del universo, a una distancia de quince mil millones de años luz y quizá sólo trescientos mil años después del hecho original, ínfimas variaciones de densidad de la materia.⁶

En la misma década de 1960 en la que cobra forma un devenir cósmico prodigioso, se ven aparecer en el universo actual hechos extraños hasta entonces inimaginables: quasars (1963), pulsars (1968), agujeros negros, y los cálculos de los astrofísicos hacen suponer que no conocemos más que el diez por ciento de la materia y que el noventa por ciento restante permanece todavía invisible a nuestros instrumentos de detección. Nos hallamos, en consecuencia, en un mundo que no está compuesto sino minoritariamente de estrellas y planetas e implica la existencia de enormes realidades invisibles.

Y aquí estamos, en este fin de milenio, en un universo que en su principio mismo lleva lo Desconocido, lo Insondable y lo Inconcebible. Aquí estamos en un universo nacido de un desastre y cuya organización no pudo darse sino a partir de una minúscula imperfección y de una formidable destrucción (de antimateria). Aquí estamos, en un universo que, a partir de un suceso/accidente que escapa a todas nuestras posibilidades de conocimiento actual, se autocreó, se autoprodujo, se autoorganizó. Aquí estamos, en un universo cuyo ecosistema necesario para su organización es quizá la nada (todo lo que se autoorganiza se alimenta de energías: nuestro universo se alimenta de energías formidables nacidas del salto térmico inicial, pero, ¿de dónde salieron esas energías?). Aquí estamos, en un universo que se organiza desintegrándose. Aquí estamos, en un universo que todavía tiene en sí otros misterios asombrosos, entre ellos la aniquilación, en el momento mismo de su formación, de las antipartículas por las partículas, es decir, la destrucción casi total de la antimateria por la materia, a menos que, misterio no menos asombroso, un universo de antimateria acompañe de manera oculta a nuestro universo, o bien que éste no sea más que una ramita de un pluriverso polimorfo. Aquí estamos, en un universo en el límite de lo posible que, si no implicara la densidad bien definida de materia que es la suya, habría debido o bien recontraerse inmediatamente después de su nacimiento, o bien dilatarse sin producir galaxias ni estrellas. Aquí estamos, en un universo con choques de galaxias, colisiones y explosiones de astros, donde la estrella, lejos de ser una esfera que baliza el cielo, es una bomba de hidrógeno retrasada, un motor de llamas. Aquí estamos, en un universo donde el caos hace su tarea y que obedece a una dialógica donde orden y desorden no son sólo enemigos sino cómplices para que nazcan las organizaciones galácticas, estelares, nucleares, atómicas. Aquí estamos, en un universo en el que, sin duda, muchos de sus enigmas serán elucidados, pero que no volverá nunca a su antigua simplicidad mecánica, nunca volverá a encontrar su centro solar, y en el que aparecerán otros fenómenos todavía más asombrosos que los que hemos descubierto.

Y aquí estamos, en una galaxia marginal, la Vía Láctea, aparecida ocho mil millones de años después del nacimiento del mundo y que, con sus vecinas, parece atraída hacia una enorme masa invisible llamada "Gran Atractor". Aquí estamos, en la órbita de un sujeto menor en el imperio de la Vía Láctea, aparecido trece mil millones de años después del nacimiento del mundo, cinco mil millones de años después de la formación de la Vía Láctea. Aquí estamos, en un pequeño planeta nacido hace cuatro mil millones de años.

Todo esto es hoy conocido, es cierto que desde hace poco, y, si bien ampliamente difundido por los libros, la prensa y las exposiciones de televisión de Hawking y Reeves, el nuevo cosmos no ha penetrado en nuestros espíritus, que todavía viven en el centro del mundo, en una Tierra estática y bajo Sol eterno. Esto no ha suscitado curiosidad ni asombro ni reflexión entre los filósofos profesionales, incluyendo los que hablan doctamente del mundo. Es que hoy nuestra filosofía a esterilizado el asombro del que nació. Es que nuestra educación nos ha enseñado a separar, compartimentar, aislar, a unir los conocimientos: nos hace así concebir nuestra humanidad de modo insular, fuera del cosmos que nos rodea y de la materia física de la que estamos constituidos.

Así sabemos, sin querer saberlo, que todas nuestras partículas se formaron hace quince mil millones de años, que nuestros átomos de carbono se constituyeron en un Sol anterior al nuestro, que nuestras moléculas nacieron en la Tierra y quizá hayan llegado aquí con meteoritos. Sabemos, sin querer saberlo, que somos hijos de este cosmos, que lleva en él nuestro nacimiento, nuestro devenir, nuestra muerte.

Es por eso que todavía no sabemos situarnos en él, vincular nuestros interrogantes sobre este mundo y nuestros interrogantes sobre nosotros mismos. Todavía no nos vemos impulsados a reflexionar sobre nuestro destino físico y terrestre. Todavía no hemos sacado las consecuencias de la acción marginal, periférica de nuestro planeta perdido y de nuestra situación sobre ese planeta.

⁶ Podían interpretarse como residuos de la heterogenización en la distribución de la materia, preludio a la formación de las galaxias.

Y no obstante ello es en el cosmos donde debemos ubicar nuestro planeta y nuestro destino, nuestras meditaciones, nuestras ideas, nuestras aspiraciones, nuestros temores y nuestras voluntades.

EL PLANETA SINGULAR

¿Qué es este planeta, este grano de polvo cósmico donde ha emergido la vida, donde la vegetación ha producido el oxígeno de su atmósfera, donde el conjunto de seres vivos, expandiéndose sobre toda su superficie, ha constituido una biosfera ecoorganizada y autorregulada, donde, a partir de una rama del mundo animal, alistó y desplegó la aventura de la hominización?

Ese grano de polvo cósmico es un mundo. Mundo desconocido por mucho tiempo por los hombres que, a pesar de ello, habían cubierto el planeta desde hacía muchas decenas de miles de años, separándose unos de los otros. La exploración sistemática de la superficie de la Tierra se realizó a la vez que se desarrollaba la era planetaria y ha expulsado de ella paraísos, titanes, gigantes, dioses y otros seres fabulosos para reconocer una Tierra de vegetales, de animales y de humanos. A partir del siglo XVIII la investigación científica penetra en los subsuelos terrestres y comienza a estudiar la naturaleza física del planeta (geología), la naturaleza de sus elementos (química) y la naturaleza misteriosa de sus fósiles (paleontología). La existencia de la Tierra ya no es solamente de superficie sino de profundidades. Ya no es estática, es evolutiva. Se descubre que la Tierra tiene una historia,⁷ que cobra forma en el Siglo XIX.⁸ Y, en el borde del siglo XX, el alemán Alfred Wegener elabora la teoría de la deriva de los continentes que, después de muchos rechazos, va a encontrar su confirmación a través de la exploración sistemática, a partir de la década de 1950, de los fondos oceánicos con técnicas de sondeo magnético, eléctrico, sísmico y acústico.

Es en la década de 1960 cuando surge un nuevo cosmos, a que una nueva Tierra. La tectónica de placas permite unir unas con otras a las ciencias de la Tierra en una concepción de conjunto, y el planeta, abandonando su papel de soporte, de zócalo, se transforma en un ser complejo con vida propia, con transformaciones, con historia: ese ser es a la vez una máquina térmica que se autorregula sin cesar. La costra o corteza terrestre cubre el especie de huevo pasado por agua, que envuelve un núcleo donde reina un calor intenso.

Nuestra corteza ha vivido y sigue viviendo una aventura prodigiosa sobre la base de movimientos disociativos, reasociativos, verticales, horizontales, de derivas, encuentros, choques (temblores de tierra), cortocircuitos (erupciones volcánicas), caídas catastróficas de grandes meteoritos, glaciaciones y recalentamientos.

¿De dónde viene la Tierra? Sólo en las últimas décadas de este siglo se encara su génesis no ya a partir de un divorcio con el Sol sino a partir de una reunión de detritos celestes.⁹ Como los otros planetas, se habría formado por reunión y acción de polvos cósmicos, quizás a continuación de la explosión de una supernova, de donde se habrían constituido "planetesimales" que, a su vez, se habrían unido y aglomerado en el movimiento mismo de formación del sistema solar. La Tierra en gestación se habría vuelto entonces satélite del Sol recién nacido; el aglomerado muy heterogéneo se habría estructurado por sí mismo en núcleo y manto y, a partir del manto, un magma pastoso se habría solidificado en corteza.

La tierra es un ser caótico cuya organización se autoconstituye en el enfrentamiento y la colaboración del orden y el desorden. En su infancia estuvo sometida a bombardeos de meteoritos, librada a erupciones que escupen gases, que darán las aguas y la primera atmósfera, mientras el hierro fluye hacia su centro, donde permanece líquido. Después, siempre en medio de erupciones y temblores de tierra, se despliegan las tormentas a una temperatura que alcanza los 250°. Las aguas del diluvio provocan las primeras erosiones, favorecen la formación de las calizas (captación del gas carbónico de la atmósfera por el calcio) y dan lugar a un descenso de la temperatura.

Desde su nacimiento y hasta hace dos mil setecientos millones de años, la Tierra se mostrará geológicamente muy activa. Destruyendo y transformando los primeros trazos emergidos y sumergidos de su historia. Este período arcaico es probablemente el de la elaboración de los primeros continentes, pronto sometidos a una erosión intensa.

Después, hasta hace unos 560 millones de años, la Tierra habría entrado en una especie de larga Edad Media en la que la costra arcaica habría sido poco a poco reemplazada por una nueva corteza de sedimentos endurecidos,

⁷ El italiano Giovanni Arduino clasifica las rocas en tres edades, Primaria, secundaria y terciaria (1759). Buffon elabora una primera cronología del conjunto del globo, que parte del nacimiento de nuestro planeta, que se supone un fragmento arrancado al Sol por un cometa (*Epoques de la nature*, 1749-1778); examina sus procesos físicos, zoológicos, botánicos y, finalmente, antropológicos, donde "la vida humana.. no es más que un punto en la duración".

⁸ La noción de sinclinal, que propone el naturalista estadounidense James Dana, permite comprenderla formación de relieves por plegamientos (1873). El geólogo austriaco Eduard Suess explica las regresiones y transgresiones marinas por las variaciones del nivel del océano (1875). El geólogo estadounidense Dutton formula en 1889 la teoría de la isostacia de la corteza terrestre flotando sobre un medio fluido.

⁹ Véase Cl. Allègre, *Introduction et une histoire naturelle*, Paris, Fayard, 1992.

plegados y erosionados, consolidados por inyecciones de granitos, unión en *patchwork* que iba a fragmentarse en continentes que se separan unos de los otros. La teoría de la tectónica de placas permite hoy concebir el complejo fenómeno de construcción de la superficie de la Tierra que le da su aspecto actual, al término de dos mil millones de años durante los cuales la vida se desarrolla y se expande. De ese modo, un amasijo de detritos cósmicos tomó forma y organización para llegar a ser el planeta Tierra y, en una aventura atormentada de cuatro mil millones de años, formó y organizó un sistema complejo, con núcleo, manto y corteza.

Y aquí está, planeta aparentemente juicioso, con sus continentes, islas, montañas, valles, paisajes; sus aguas, ríos, mares oceánicos; su atmósfera, su estratosfera y, sólo de vez en cuando, temblores de tierra, erupciones volcánicas, tornados, tsunamis.

Pero, aunque planeta dependiente del Sol, esta Tierra-Mundo es finita, aislada, autónoma, y extrae su autonomía de su propia dependencia. Es un planeta que se volvió singular y solitario entre los otros planetas del sistema solar y los astros de la galaxia. Y es en esa soledad singular que hizo nacer algo solitario y singular en todo el sistema solar, la galaxia y, quizás, el cosmos: la vida.

LA TIERRA DE VIDA

Es un pequeño planeta de un pequeño sol periférico de la Vía Láctea, galaxia perdida en un montón y que huye a la deriva entre millones de otras, hace quizá tres mil ochocientos millones de años, en los tormentos genéticos acosados por erupciones y tormentas, aparecieron las primeras manifestaciones de lo que podrá llegar a ser la vida.

El nacimiento de la vida en un mundo físico resultó incomprensible mientras se pensó que la materia viviente era de naturaleza distinta y tenía otras propiedades que la materia físico-química, y que se negaba a obedecer al segundo principio de la termodinámica que condena a la entropía, es decir a la dispersión y/o desorganización, a todas las cosas físicas. Sin embargo, a partir de 1950, como consecuencia del descubrimiento de Watson y Crick del código genético inscripto en el ADN de las células vivas, se ve que la vida está constituida por los mismos constituyentes físico-químicos que el resto de la naturaleza terrestre, y que sólo se diferencia por la complejidad original de su organización. Algunos años más tarde, a principio de la década de 1970, la termodinámica prígoginiana muestra que ciertas condiciones de inestabilidad favorecen no sólo desórdenes y turbulencias sino formas organizativas que se generan y regeneran por sí mismas. Desde entonces es concebible que la vida emerge de los desórdenes y turbulencias de la Tierra.

Es así pues que, de aquí en más, en nuestro fin de siglo, se puede admitir que la organización viviente sea el fruto de una complejización organizacional no lineal sino proveniente de encuentros aleatorios entre macromoléculas,¹⁰ quizá en la superficie de las piedras,¹¹ pero en medio líquido arremolinado. El origen de la vida sigue siendo un misterio sobre el cual no se dejan de elaborar escenarios.¹² Pero la vida no ha podido nacer sino de una mezcla de azar y necesidad, cuya mezcla no sabemos dosificar. Hay un "continuum" de complejización físico-química, pero ese continuum implica saltos múltiples, entre ellos el de la separación entre medio interno y medio externo, el de los intercambios de energía y el de la diferenciación de los intercambios y, por último, sobre todo el salto hipercomplejizante radical de una organización estrictamente química a una auto-eco-reorganización dotada de una dimensión cognitiva (computacional-informacional-comunicacional)¹³ capaz de autorreorganizarse, autorrepararse, autorreproducirse, apta para extraer la organización, la energía y la información de su medio.

El problema es entonces: ¿cómo pudo aparecer sobre la Tierra tal organización? ¿La aparición de la vida es un suceso único, debido a una acumulación altamente improbable de azares o, por el contrario, fruto de un proceso evolutivo si no necesario, al menos altamente probable?

En el sentido de la probabilidad:

- la formación espontánea de macromoléculas adecuadas para la vida en ciertas condiciones que se pueden reproducir en laboratorio;
- el descubrimiento en los meteoritos de aminoácidos precursores de los de la vida;

¹⁰ Algunas de entre ellas pueden haber llegado con meteoritos.

¹¹ Antoine Danchin desarrolló una hipótesis sobre el origen pétreo de la vida (*Une aurore de pierre*, Paris, Editions du Seuil, 1990).

¹² Véase M. Eigen, "Self-Organisation of the matter and the evolution of biological macromolecules", *Naturwissenschaften*, vol. 58, 465. A lo que hay que agregar el escenario del origen extraterrestre de la vida propuesto por Crick.

¹³ Esas nociones pueden verse en E. Morin, *La Méthode, t. 2, La Vie de la Vie*, Paris, Editions du Seuil, "Points Essais", 1985, pp. 177-192.

- la demostración por la termodinámica prigoginiana de en ciertas condiciones de inestabilidad, se produce la constitución espontánea de organización, de donde deriva la probabilidad de uniones organizadas cada vez más complejas de macromoléculas en condiciones termodinámicas adecuadas (torbellinos);
- la posibilidad de que, en esas condiciones de encuentros y el curso de una larga duración, se haya efectuado un proceso selectivo en favor de conjuntos moleculares complementarios ARN/proteínas, que llegaran a ser aptos para autoreplicarse y metabolizar;
- la muy alta probabilidad de que, en un universo de miles de millones de miles de millones de astros haya millones de planetas análogos a la Tierra y, por lo tanto, la probabilidad de la existencia de seres vivos en otras regiones del cosmos.

En el sentido de lo improbable, los argumentos son los siguientes:

- el salto cualitativo/cuantitativo (la bacteria menor es un complejo de millones de moléculas) y la discontinuidad radical entre la organización macromolecular más compleja auto-eco-reorganización viviente (que es, repitámoslo, de naturaleza computacional-informacional-comunicacional) la vuelven altamente improbable;
- la organización viviente es en sí misma físicamente improbable, en el sentido de que, según el segundo principio de la termodinámica, es la dispersión de los constituyentes moleculares del ser vivo la que obedece a la ley física, que se realiza efectivamente con la muerte;
- hay muchos indicios que sugieren que la vida habría nacido una sola vez, es decir que todos los seres vivos tendrían un solo y único ancestro, lo que refuerza la hipótesis de que un azar extremadamente improbable se habría hallado en su origen;
- no hay ningún signo, ninguna traza de vida en el sistema solar, ningún mensaje que nos llegue del cosmos;
- además, el argumento según el cual otros planetas tendrían condiciones análogas a las del nuestro no tiene valor si, en la propia Tierra, la vida fue el fruto de un azar singular.

No se puede descartar una tercera hipótesis: es posible que existan organizaciones muy complejas en el universo, dotadas de propiedades de autonomía, de inteligencia, hasta de pensamiento, pero que no estarían fundadas en una organización nucleoproteica y que serían (¿actualmente? ¿para siempre?) inaccesibles a nuestra percepción y a nuestro juicio.

De todos modos, todavía nos hallamos en una profunda incertidumbre en lo que hace al carácter inevitable o fortuito, necesario o milagroso de la aparición de la vida, y esa incertidumbre repercute evidentemente sobre el sentido de nuestras vidas humanas.

Sea lo que sea, la vida emerge a la vez como emanación y creación de la Tierra.

Sea lo que sea, y hasta si, como supuso Crick, los gérmenes de la vida (las arqueobacterias) fueran de origen extraterrestre, la Tierra es la cuna de la vida.

Sea lo que sea, la vida terrestre se encuentra sola en el sistema solar y en la Vía Láctea.

Sea lo que sea, aparentemente hubo un primer viviente que se reprodujo, se multiplicó, se transformó, adoptó innumerables formas y pobló la Tierra.

Las arqueobacterias y después las bacterias proliferaron en las aguas, en la atmósfera, en la tierra y por dos mil millones de años constituyeron la única biosfera en la que todos los miembros se comunicaban progresivamente (principalmente por inyección de ADN de una bacteria a otra). En el seno de esa solidaridad telúrica aparecieron simbiosis a partir de las cuales se formaron las células con núcleo, eubacterias, luego eucariotes, las que se asociaron y organizaron para formar los seres pluricelulares, vegetales y animales.

Es posible que algas unicelulares hayan utilizado la energía solar (fotosíntesis). De todos modos, el desarrollo de la vida vegetal expande el oxígeno en la atmósfera, lo que permite la vida aerobia y el desarrollo del mundo animal, el cual, privado del poder de fotosíntesis, va a buscar su energía devorando otras vidas.

La vida se expande en los mares, trepa sobre los suelos que se forman y cubren de árboles y plantas, se vuela por el aire con insectos y pájaros.

Comenzada hace cuatrocientos cincuenta millones de años, la gran diversificación permite una dialógica multiforme entre animales y vegetales, donde los seres vivos se van a alimentar unos a los otros y constituir, a través de sus interacciones a la vez antagonistas, concurrentes y complementarias, las ecoorganizaciones o ecosistemas.¹⁴

La historia de la vida sufre las transformaciones y cataclismos de la corteza terrestre. Su devenir es inseparable de la formación de los mares y los continentes, del surgimiento y de la erosión de los relieves. A veces modificaciones geográficas, climáticas, ecológicas o genéticas mínimas repercuten en cadena sobre el conjunto. Los ecosistemas evolucionan por desorganizaciones y reorganizaciones. Las eras se suceden a través de una dialéctica de innovaciones, accidentes y catástrofes. Después del salto floral se teje una extraordinaria cooperación entre insectos y flores. Un cataclismo telúrico permite, quizás, el prodigioso desarrollo de los mamíferos, que habían sacado provecho de la extinción masiva de los dinosaurios, a fines de la era Secundaria, después de que un bólido cósmico golpeará la Tierra, abriera un abismo y levantara tal nube que el empobrecimiento generalizado de la vegetación habría provocado la muerte de los gigantescos herbívoros.

De bifurcaciones en ramificaciones, desde hace quinientos millones de años, la vida despliega una diversidad extrema: plantas, invertebrados y vertebrados, entre esos vertebrados, agnatos, peces, reptiles y mamíferos; entre esos mamíferos, los primates, que en los últimos setenta millones de años se expandieron en el Mundo Antiguo y en el Nuevo Mundo, ahora reunidos y, desde hace treinta y cinco millones de años, los primates superiores en África y en Arabia; entre esos primates van a aparecer, hace diecisiete millones de años, los predecesores del hombre.

De ese modo, sobre la Tierra se ha formado y desarrollado un "árbol de la vida"; ese árbol no tiene, evidentemente, un fuste regular, con ramas simétricas. Es una eflorescencia de umbelas, de racimos, de panículos de todos colores y perfumes, un entrelazado ramoso donde raíces y ramas a la vez se unen y se apartan.

El árbol de la vida es a la vez esfera de la vida. Esta, interactuando con las condiciones geoclimáticas, ha constituido múltiples nichos, cuyo conjunto constituye la biosfera.

El hombre, ramificación última y desviada del árbol de la vida, aparece en el seno de la biosfera. Esta, ligando ecosistemas con ecosistemas, envuelve ya todo el planeta. Es una capa muy fina de vida y de atmósfera en comparación con las distancias cósmicas. Y tal como la Tierra física fue su placenta, la biosfera es la placenta de la humanidad.

Es así que la vida, nacida de la Tierra, es solidaria con la Tierra. La vida es solidaria con la vida. Todo animal precisa bacterias, plantas, otros animales. El descubrimiento de la solidaridad ecológica es un gran descubrimiento reciente. Ningún ser vivo, ni siquiera humano, puede franquear la biosfera.

LA IDENTIDAD HUMANA

Cuando se dudó de las narraciones mitológicas del nacimiento del hombre, su origen y naturaleza fueron un problema para la humanidad.

Los modernos hicieron del hombre un ser casi sobrenatural, que progresivamente toma el lugar vacío de Dios: Bacon, Descartes, Buffon, Marx le dieron como misión dominar la naturaleza y reinar sobre el universo. Pero, después de Rousseau, el romanticismo va a inscribir umbilicalmente al humano en la Naturaleza-Madre. En ese sentido, desde el lado de escritores y poetas, se realiza una maternización de la Tierra. A la inversa, del lado de los técnicos y los científicos, se realiza una cosificación de la Tierra, constituida por objetos a manipular sin misericordia.

El racionalismo de las Luces tiende a ver el mismo ser con las mismas cualidades y pasiones fundamentales en las distintas civilizaciones, pero el romanticismo, después de Herder, va a insistir en las singularidades que las culturas imprimen en cada individuo. Así se percibirán, no simultánea sino alternativamente, ya la unidad, ya la diversidad humanas.

A lo largo del siglo XIX las ciencias naturales reconocen cada vez más al hombre como ser biológico, mientras que las ciencias humanas lo reconocen cada vez más como ser psíquico y como ser cultural.

Pero la compartimentación entre las ciencias y las oposiciones entre escuelas de pensamiento hacen imposible una concepción compleja que englobe esos tres caracteres, y cada uno de esos ángulos de visión, hipostasiando el carácter que percibe, oculta los otros.

Por otra parte, el reconocimiento biológico de la unidad humana no atenuará en lo más mínimo por sí misma la

¹⁴ Véase E. Morin (en especial en lo concerniente a las cadenas tróficas, la ecoevolución y las ecoevoluciones), Paris, *La Méthode*, t. 2, *La Vie de la Vie*, op. cit., pp. 21-30, 34-36, 47-56.

jerarquización de la especie en razas superiores e inferiores. Si, bajo la influencia de las Luces, el humanismo occidental acuerda igualdad de derechos a todos los seres humanos, el occidentecentrismo niega el estatuto de hombre plenamente adulto y razonable al "primitivo" y al "atrasado".

Fue también en el curso del siglo XIX cuando el nacimiento del hombre no se atribuyó más a un Dios creador sino a una evolución biológica. Se admitió entonces que el hombre desciende del mono. Pero también se afirmó que, al abandonar el árbol del ancestro, se separó de él para siempre, sin guardar con el primate más que un parentesco anatómico y fisiológico. Hasta 1960, el *Homo sapiens* nacía entonces súbitamente, con su inteligencia, sus herramientas, su lenguaje, la cultura, como una Minerva del espíritu de un Júpiter invisible.

En los años 1960 se puso en duda la insularidad del hombre. Las observaciones de Janet Van Lawick-Goodall¹⁵ y después las "conversaciones" de los Gardner y de Premack con los chimpancés¹⁶ nos aproximan mentalmente a éstos, que dejan de ser nuestros ancestros para transformarse en nuestros primos. Mientras que estas adquisiciones acercan el primate al hombre, los descubrimientos de Louis y Mary Leakey en la gruta de Olduvai en 1959, de su hijo Richard en el lago Rodolphe en 1972, de Yves Coppens en el valle del Omo en 1974, hicieron aparecer, con algunos millones de años de antigüedad, homínidos bípedos con cerebro de seiscientos centímetros cúbicos, capaces de producir útiles, armas, abrigos. El *Homo sapiens* no surgió ya armado de pies a cabeza hace cincuenta mil años sino que emergió en el curso de un largo proceso de hominización de millones de años. Los homínidos, todos desaparecidos, ya eran humanos. Somos los últimos de ellos, caracterizados por el gran cerebro de mil quinientos centímetros cúbicos.

Del mismo modo en que la vida emerge de la Tierra a partir de una conjunción local singular, el hombre emerge de la vida a partir de una rama animal singular, la de los primates arborícolas de la selva tropical africana, a la que pertenece aunque diferenciándose. Fueron necesarias condiciones nuevas y singulares de la historia terrestre para que una modificación climática, que entrañó el retroceso de la selva tropical y el progreso de la sabana en Africa austral, haya llevado a nuestros ancestros que se volvían homínidos a desarrollar la bipedización, la carrera, la caza, a utilizar sistemáticamente herramientas. Así comienza la muy larga aventura de la hominización, que sigue con la domesticación del fuego por el *Homo erectus*; el proceso de hominización se acelera en los quinientos mil últimos años: produce herramientas cada vez más apropiadas, desarrolla las técnicas de caza, de construcción de abrigos, de confección de vestimenta, complejiza las relaciones interpersonales, enriquece los lazos afectivos de amistades y de amor entre hombres/mujeres, padres/hijos y, en ese proceso multidimensional, el homínido se transforma anatómicamente, cerebralmente, psicológicamente, afectivamente, socialmente: la aparición lenguaje, probablemente anterior al *Homo sapiens* mismo, cumple el pasaje decisivo de la cultural¹⁷ a la humanidad.

El *Homo* no escapa, sin embargo, a la animalidad en el curso de esa transformación. El hombre no es un posprimate sino un superprimate, que ha desarrollado aptitudes ya manifiestas, pero dispersas, temporarias y ocasionales entre los primates superiores, como la confección de herramientas, la práctica de la caza, la marcha sobre los miembros inferiores. El hombre no es un posmamífero sino un supermamífero, que ha desarrollado en él el calor afectivo de la relación madre-hijo, hermano-hermana, la ha conservado en la edad adulta y la ha extendido a las relaciones amorosas y amistosas. El hombre, no supervertebrado sino vertebrado medio, no sabe volar, nadar en las profundidades y corre muy atrás de los tigres, caballos o gacelas, aunque haya terminado por sobrepasar a los vertebrados en sus performances creando técnicas que le permiten velocidad en la tierra, navegación sobre y bajo el mar, transporte en el aire. El hombre es un sobreviviente, pues los miles de millones de células que lo componen y se renuevan son todas hijas, hermanas del primer ser viviente, cuya descendencia fraternal produjo, *via* simbiosis, las células eucariotes del mundo vegetal y animal; y esas células hijas-hermanas son también madres de células que ellas producen reproduciéndose por desdoblamiento. Por último, el hombre es un superviviente, porque ha desarrollado de modo superior un gran número de potencialidades de la organización viviente.

Su identidad biológica es plenamente terrícola, porque la vida ha emergido en la tierra, de mezclas químicas terrestres en las aguas arremolinadas y bajo cielos tormentosos. Y esa identidad físico-química terrestre, inherente a toda organización viviente, implica en ella misma una poliidentidad cósmica, porque los átomos de carbono necesarios para la vida terrestre se formaron en la forja furiosa de soles anteriores al nuestro y que miles de millones de millones de partículas que constituyen nuestro cuerpo nacieron hace quince mil millones de años, en los inicios resplandecientes de nuestro universo.

¹⁵ J. Van Lawick-Goodall, *Les Chimpanzés et moi*, Paris, Stock, 1971.

¹⁶ Véase E. Morin, M. Piattelli-Palmarini, *L'Unité de l'homme*, Paris, Editions du Seuil, "Points Essais", 1978, vol. I, pp. 15-57.

¹⁷ Conjunto de reglas, conocimientos, técnicas, saberes, valores, mitos que permite y asegura la alta complejidad del individuo y de la sociedad humana y que, no siendo innato, requiere ser transmitido y enseñado a cada individuo en su período de aprendizaje para poder autopropagarse y perpetuar la alta complejidad antropológica.

Mientras que las mitologías de otras civilizaciones inscribían al mundo humano en la naturaleza, el *Homo occidentalis* fue, hasta mediados del siglo XX, totalmente ignorante e inconsciente de la identidad terrícola y cósmica que lleva en él. Aún hoy la filosofía y la antropología dominantes rechazan terminantemente toda toma de conciencia y toda búsqueda de consecuencias de la identidad animal y viviente del hombre, denunciando como "vitalisino" irracional o "biologismo" perverso cualquier reconocimiento de nuestras raíces terrestres, físicas y biológicas.

El superviviente que es el hombre ha creado nuevas esferas de vida: la vida del espíritu, la vida de los mitos, la vida de las ideas, la vida de la conciencia. Y es al producir esas nuevas formas de vida, que dependen del lenguaje, de las nociones, de las ideas, alimentando el espíritu y la conciencia, que progresivamente se vuelve extraño al mundo viviente y animal. De donde el doble estatuto del ser humano. Por una parte depende totalmente de la naturaleza biológica, física y cósmica. Por otra parte depende totalmente de la cultura, es decir del universo de la palabra, del mito, de las ideas, de la razón, de la ciencia.

A partir y más allá de sus identidades que lo enraízan en la tierra y se inscriben en el cosmos, el hombre produce sus identidades propiamente humanas, que son familiar, ética, cultural, religiosa, social, nacional.

LA UNIDAD ANTROPOLÓGICA

Por diversas que sean sus pertenencias en cuanto a genes, suelos, comunidades, ritos, mitos e ideas, el *Homo sapiens* tiene una identidad fundamental común a todos sus representantes. Provenga o no de un ancestro único, revela una unidad genética de especie que hace posible la interfecundación entre todos los hombres y las mujeres, cualquiera que sea su raza. Esa unidad genética, hoy evidente, se prolonga en unidad morfológica, anatómica y fisiológica; la unidad cerebral del *Homo sapiens* se manifiesta en la organización singular de su cerebro en relación con otros primates; existe, por último, una unidad psicológica y afectiva: sin duda, risas, lágrimas y sonrisas se modulan de diferentes modos, se inhiben o exhiben según las culturas, pero, a pesar de la extrema diversidad de esas culturas y modelos de personalidad que se imponen en cada una, risas, lágrimas y sonrisas son universales y su carácter innato se manifiesta en los sordo-mudo-ciegos de nacimiento, que sonríen, lloran y ríen sin haber podido imitar a nadie.¹⁸

La diáspora del *Homo sapiens*, que comenzó hace trescientos siglos, se expandió por Africa y Eurasia, atravesó en seco el estrecho de Behring hace cien mil años, llegó a Australia y Nueva Guinea hace cuarenta mil años y finalmente pobló las islas de la Polinesia algunos miles de años antes de nuestra era.

A pesar de esa diáspora, a pesar de las diferenciaciones físicas de talla, de color, de forma de los ojos, de la nariz, a pesar de las diferenciaciones de culturas y de lenguajes que se tornaron ininteligibles unos con los otros, de ritos y costumbres que se volvieron incomprensibles entre unos y otros, de creencias singulares que se volvieron irreductibles unas a las otras, en todos los casos hubo mito, en todos los casos hubo racionalidad, en todos los casos hubo estrategia e invención, en todos los casos hubo danza, ritmo y música, en todos los casos hubo -claro que expresados o inhibidos de diferentes modos según las culturas- placer, amor, ternura, amistad, cólera, odio, en todas partes hubo proliferación imaginaria, y por más diversas que hayan sido sus fórmulas y dosis, en todas partes y siempre hubo una mezcla inseparable de razón y locura.

Toda especie sexuada produce individuos diferentes, no sólo por el número casi ilimitado de combinaciones entre dos patrimonios hereditarios, sino también por la extrema diversidad de condiciones, alimentos, influencias y azares que afectan la formación del embrión y, después, del recién nacido. Cuanto más complejas son las especies, mayores son las diversidades individuales. En lo concerniente al *Homo*, la diversificación aumenta, se multiplica, se intensifica con los sucesos y accidentes de la infancia y adolescencia, con la conformidad o resistencia a las influencias familiares, culturales y sociales. A partir de la institución arcaica de la exogamia y de la prohibición del incesto, la cultura estimula la mezcla genética. Las guerras e invasiones ampliaron la mezcla con violaciones, raptos, esclavitud y mezclas de poblaciones; por último, los viajes, contactos y matrimonios van a diversificar genéticamente ellos también a los individuos en el seno de una misma etnia.

La diversificación es también psicocultural. Según las manifiestan tipos dominantes de actitudes, de comportamientos, de agresividad, de generosidad, etcétera. Además en toda civilización, y particularmente en la nuestra, cada individuo adopta personalidades diferentes según su humor y según la persona con la que se encuentra,

¹⁸ L. Eibl-Eibesfeldt, *Love and Hate*, Holt, Rinehardt and Winston, New York, 1971. Del mismo autor: "Similarities and differences between cultures in expressive movements", en *Non Verbal Communication*, Hinde, Cambridge University Press, Cambridge, 1972; y "Les universaux du comportement et leur genèse" (1974), en *L'Unité de l'homme*, ob. cit.

enfrenta o sufre (hijo, padre, esposa, amante, jefe, subordinado, rico, mendigo, etc.); en un mismo individuo se manifiestan dos personalidades radicalmente antinómicas en la cólera o en el amor. Cada individuo dispone de una panoplia de personalidades múltiples, virtuales pero actualizables. Ahora bien: esa multiplicidad, esa diversidad, esa complejidad son las que *también* hacen la unidad del hombre.

Cada ser humano es un cosmos, cada individuo es un hormiguo de personalidades virtuales, cada psiquismo segrega una proliferación de fantasmas, sueños, ideas. Cada uno vive, del nacimiento a la muerte, una tragedia insondable, escandida por gritos de sufrimiento, de alegría, de risas, de lágrimas, de abatimientos, de grandeza y de miseria. Cada uno lleva en sí tesoros, carencias, fallas y abismos. Cada uno lleva en sí la posibilidad del amor y del sacrificio, del odio y del resentimiento, de la venganza y del perdón. Recocer eso es también reconocer la identidad humana. El principio de identidad humano es *unitas multiplex*, la unidad múltiple, tanto desde el punto de vista biológico como cultural e individual.

Eso es lo que nos canta en todas partes la poesía, lo que nos dice en todas partes la literatura. Y, por más separados que nos hallemos por la lengua, por el tiempo, por la cultura, podemos comunicarnos con el extraño, con su literatura, con su poesía, con su música, con su cine, podemos reconocer ese tejido común, expresado de diferentes modos, del que nos hallamos hechos, con el del fugitivo albanés, el pastor sardo, el samurai, el emperador de China, el esclavo de Roma, el miserable de París, el culpable de San Petersburgo, el inocente...

Las diferencias que nacen de la diversidad de las lenguas, de los mitos y de las culturas etnocéntricas han ocultado la identidad bioantropológica común. El extraño aparece a los arcaicos como dios o demonio. El enemigo de los tiempos históricos es muerto o, transformado en esclavo, se vuelve herramienta animada. Las vallas protectoras de cada cultura cerradas sobre sí, mismas durante la diáspora de la humanidad tienen en lo sucesivo efectos perversos en nuestra era planetaria: la mayor parte de los fragmentos de humanidad, hoy en comunicación, se han vuelto alarmantes y hostiles entre sí por el hecho mismo de esa comunicación. Diferencias hasta entonces ignoradas tomaron la forma de rarezas, insanias o impiedades, fuentes de incomprensión y conflictos. Las sociedades se perciben como especies rivales y se matan entre ellas. Las religiones monoteístas exterminan a los dioses politeístas, y cada dios soberano combate a su colega enviando a sus fieles a la muerte y al asesinato. La nación y la ideología han edificado nuevas barreras, suscitaron nuevos odios. El islamista, el capitalista, el comunista, el fascista dejan de ser humanos. *Por eso la necesidad primordial de desocultar, de revelar, en y por su diversidad, la unidad de la especie, la identidad humana, los universales antropológicos.*

Podemos reencontrar y completar la unidad del hombre. Esta, perdida en y por la diáspora del *Homo sapiens* a través de continentes e islas, fue más negada que reconocida en la era planetaria. Debemos reencontrarla, no en una homogenización que arrasaría las culturas sino, por el contrario, por el reconocimiento pleno y la expansión plena de las diversidades culturales, lo que no impediría que los procesos de unificación y de rediversificación se realicen en niveles más amplios.

De ese modo, la formación de la nación integró, atenuándola llegar a disolverla, la diversidad de las etnias provinciales y dio lugar a la participación en una unidad más amplia, fuente de nuevas diversidades entre culturas nacionales. Igualmente, el estadio metanacional no debería disolver las singularidades nacionales sino quitar al Estado su soberanía absoluta y favorecer los mestizajes étnicos y culturales, en especial en las grandes metrópolis, que son matrices de una nueva unidad, pero también de nuevas diversidades.

Reencontrar-completar la unidad del hombre significaría en primer lugar concretar para todos la identidad común. Es lo que se produce por golpes empáticos cuando vemos en la televisión niños somalíes víctimas del hambre, mujeres y niños bajo el fuego de los obuses en Sarajevo. Es evidentemente el desarrollo correlativo de la compasión del corazón, del humanismo del espíritu, de un verdadero universalismo y del respeto de las diferencias lo que nos conducirá a superar las cegueras ego-etno-centristas o ideológicas que nos hacen ver sólo al extraño en el extraño y que nos hacen ver, en el que verdadera o ilusoriamente nos amenaza, un cerdo, un ser inmundo. Pero, como lo veremos más adelante, la reforma del pensamiento y la reforma moral son las que permitirán a todos y cada uno reconocer en todos y cada uno la identidad humana.

La identidad del hombre, es decir, su unidad/diversidad compleja, se vio ocultada y traicionada, en el corazón mismo de la era planetaria, por el desarrollo especializado/compartimentado de las ciencias. Los caracteres biológicos del hombre fueron ventilados en los departamentos de biología y en las enseñanzas de la medicina; los caracteres psicológicos, culturales y sociales fueron parcelados e instalados en los diversos departamentos de ciencias humanas, de modo que la sociología fue incapaz de ver al individuo, que la psicología fue incapaz de ver a la sociedad, que la historia hizo rancho aparte y que la economía extrajo del *Homo sapiens demens* el residuo exangüe del *Homo economicus*. Más aun, la noción de hombre se descompuso en fragmentos desarticulados y el estructuralismo triunfante

creyó poder eliminar definitivamente ese fantasma escarnecedor. La filosofía, encerrada en sus abstracciones superiores, no pudo comunicarse con lo humano más que en las experiencias y tensiones existenciales como las de Pascal, Kierkegaard o Heidegger, sin por ello poder ligar nunca la experiencia de la subjetividad con un saber antropológico.

No es un azar que no haya saber antropológico reunificado. La compartimentación disciplinaria y las esclerosis universitarias han impedido la reunificación, tanto más cuanto que los datos que permiten las articulaciones todavía no existían. En el curso de los años 1955-1960 surgen casi simultáneamente las primeras teorías de la autoorganización,¹⁹ de la complejidad,²⁰ las primeras aproximaciones de la dialéctica universal entre orden, desorden y organización. Desde entonces, a partir de las ideas de auto-eco-organización y de integración del desorden en la organización cerebral/mental, así como a partir del avance de las neurociencias, podemos apreciar la fabulosa máquina de cien mil millones de neuronas y millones de millones de interacciones sinápticas que es el cerebro del *Homo sapiens demens*. Desde 1970 es finalmente posible poner las bases de una antropología fundamental.²¹

La antropología, ciencia multidimensional (que articula en ella lo biológico, lo sociológico, lo económico, lo histórico y lo psicológico) que revelaría la unidad/diversidad compleja del hombre, no podrá edificarse verdaderamente sino correlativamente con la reunificación de las disciplinas citadas, todavía separadas y compartimentadas, y esa reunificación requiere del pasaje del pensamiento reductor mutilante, aislante, catalogante, abstractificante, al pensamiento complejo (véase el capítulo 7).

LA CONCIENCIA TERRÍCOLA

La revolución en las concepciones del mundo, de la Tierra, que se operó en el siglo XV occidental no fue más que una pequeña crisis ministerial frente a los formidables trastornos que aportaron las adquisiciones científicas de fines del siglo XX.

Debimos abandonar un universo ordenado, perfecto, eterno, por un universo en devenir dispersivo, nacido de la radiación donde juegan dialógicamente, es decir de modo a la vez complementario, concurrente y antagonista, orden, desorden y organización. Debimos abandonar la idea de una sustancia viviente específica, animada de un hálito propio, para descubrir la complejidad de una organización viviente emergente de procesos fisicoquímicos terrestres. Debimos abandonar la idea de un hombre sobrenatural dependiente de una creación separada, para hacerlo emerger de un proceso en el que se desprende de la naturaleza sin, no obstante, disociarse de ella.

Es porque hemos interrogado bien al cielo que podemos enraizarnos en la Tierra. Es porque hemos interrogado bien la Tierra que podemos enraizar en ella la vida. Es porque hemos interrogado bien la vida que podemos enraizarnos en ella.

La Tierra no es la adición de un planeta físico más la biosfera, más la humanidad. La Tierra es una totalidad compleja física/biológica/antropológica donde la vida es una emergencia de la historia de la misma Tierra y el hombre una emergencia de la historia de la vida terrestre.

La vida es una fuerza organizadora biofísica en acción en la atmósfera que ha creado sobre la tierra, debajo de la tierra, en los mares, donde se ha expandido y desarrollado.

La humanidad es una entidad planetaria y biosférica.

Estamos a millones de años luz de una centralidad humana en el cosmos y, a la vez, no se puede considerar como entidades bien separadas, impermeables unas a las otras, al hombre, la naturaleza, la vida y el cosmos.

El fin de nuestro quinto siglo de la era planetaria hace aparecer realidades de nuestro destino hasta entonces ignoradas:

- estamos perdidos en el cosmos;
- la vida está sola en el sistema solar y sin duda en la galaxia;

¹⁹ H. von Foerster, G. W. Zopf (dir.), *Principes of Self-Organization*, Pergamon, New York, 1962.

²⁰ J. von Neumann, *Theory of Self-Reproducing Automata*, Illinois University Press, Urbana, 1966. J. Bronowski, *New Concepts in the Evolution of the Complexity*, American Association for the Advance of Science, Boston, 1969.

²¹ E. Morin, *Le Paradigme perdu*, ob. cit.

- la tierra, la vida, el hombre, la conciencia son frutos de una aventura singular, de peripecias y reinicios asombrosos;
- el hombre forma parte de la comunidad de la vida, aunque la conciencia humana sea solitaria;
- la comunidad de destino de la humanidad, propia de la era planetaria, debe inscribirse en la comunidad del destino terrestre.

Estos conocimientos nuevos que nos iluminan sobre nuestro destino terrestre nos conducen a una nueva ignorancia. Parte de nuestra ignorancia será eliminada, pero otra, que apunta a los límites del espíritu humano,²² quedará para siempre. Del mismo modo, las nuevas certidumbres nos conducen a la incertidumbre. Hoy sabemos de dónde venimos, pero no sabemos de dónde vienen aquellos de donde venimos, es decir que estamos en la incertidumbre en lo que concierne al origen del mundo y al origen de la vida. No sabemos por qué hay un mundo y no la nada, y no sabemos a dónde va ese mundo.

Estamos en un universo no trivial ni normal ni evidente.

La Tierra es un pequeño basurero cósmico que de modo improbable llegó a ser no sólo un astro muy complejo, sino también un jardín, nuestro jardín. La vida que produjo, la vida de la que goza, de la que gozamos, no surgió de ninguna necesidad *a priori*. Es quizás única en el cosmos, está sola en el sistema solar, es frágil, rara y preciosa porque es rara y frágil.

Hemos aprendido que todo lo que es no pudo nacer sino en el caos y la turbulencia y debe resistir a enormes fuerzas de destrucción. El cosmos se organizó desintegrándose. El Sol irradia a la temperatura de su explosión. La vida se organiza a la temperatura de su destrucción. El hombre quizá no se habría desarrollado si no hubiera debido responder a tantos desafíos mortales, desde el avance de la sabana sobre la selva tropical hasta la glaciación de las regiones templadas. La aventura de la hominización se hizo a través de la carencia y la pena. *Homo* es hijo de Poros y Penia. Todo lo que vive debe regenerarse sin cesar: el Sol, el ser vivo, la biosfera, la sociedad, la cultura, el amor. Eso a menudo es nuestro infortunio, también es nuestra gracia y nuestro privilegio. Todo lo que es precioso en la Tierra es frágil y raro. Lo mismo pasa con nuestra conciencia.

Aquí estamos: humanos minúsculos sobre la minúscula partícula de vida que rodea el minúsculo planeta perdido en el gigantísimo universo (que, quizá, sea a su vez minúsculo en un pluriverso proliferante).²³ Pero, a la vez, ese planeta es un mundo, la vida es un universo hormigueante de miles de millones de miles de millones de individuos, y cada ser humano es un cosmos de sueños, de aspiraciones, de deseos.

Nuestro árbol genealógico terrícola y nuestra cédula de identidad terrícola hoy son, finalmente, conocibles, a fines del quinto siglo de la era planetaria. Y es justamente ahora -cuando se comunican las sociedades desparramadas sobre el globo, cuando se juega colectivamente el destino de la humanidad- cuando toma sentido para nosotros reconocer nuestra patria terrestre.

3

LA AGONIA PLANETARIA

En el curso del siglo XX, la economía, la demografía, el desarrollo, la ecología, se han transformado en problemas vinculados de aquí en más con todas las naciones y civilizaciones, es decir con el planeta en su conjunto.

Algunos de esos problemas son evidentes. Repasémoslos antes de avanzar sobre otros, quizá menos percibidos, que denominaremos "de segunda evidencia" y cuyo entrecruce constituye el problema de los problemas.

PROBLEMAS DE PRIMERA EVIDENCIA

EL DESORDEN ECONOMICO MUNDIAL

²² Véase E. Morin, *La Méthode*, t. 3, *La Connaissance de la Connaissance*, Editions du Seuil, "Points Essais", 1992, pp. 222-223.

²³ Sobre la idea de pluralidad de los mundos, véase E. Morin, *La Méthode*, t. 1, *La Nature de la Nature*, Paris, Editions du Seuil, "Points Essais", 1981.

Se puede considerar el mercado mundial como un sistema autoorganizador que produce por sí mismo sus propias regulaciones, a pesar de y por desórdenes evidentes e inevitables. Se puede en consecuencia suponer que, disponiendo de algunas instancias internacionales de control, podría calmar sus desbocamientos, absorber sus depresiones, y, tarde o temprano, tapar e inhibir sus crisis.

Pero todo sistema autoorganizador es de hecho auto-ecoorganizador, es decir autónomo/dependiente en relación con su (sus) ecosistema(s). No se puede considerar la economía como una entidad cerrada. Es una instancia autónoma dependiente de otras instancias (sociológica, cultural, política), ellas también autónomas/dependientes unas de las otras. Es así que la economía de mercado supone un conjunto coherente de instituciones y que ese conjunto coherente falta en la escala planetaria.

Es la relación con lo no económico lo que le falta a la ciencia económica. Esta es una ciencia en la que la matematización y la formalización son cada vez más rigurosas y sofisticadas, pero esas cualidades implican el defecto de una abstracción que se aleja del contexto (social, cultural, político): logra su precisión formal olvidando la complejidad de la situación real, es decir, olvidando que la economía depende de lo que depende de ella. De ese modo, el saber económico se vuelve incapaz de prever las perturbaciones y el futuro, y se vuelve ciego a lo propiamente económico.

La economía mundial parece oscilar entre crisis y no crisis, desórdenes y re-regulaciones. Profundamente desordenada, restablece continuamente regulaciones parciales, a menudo al precio de destrucciones (de excedentes, por ejemplo, para sostener el valor monetario de los productos) y de despilfarros humanos, culturales, morales y sociales en cadena (paro, aumento del cultivo de plantas para producir droga, etc.). Desde el siglo XIX, el crecimiento económico fue no sólo motor sino regulador de la economía, al aumentar la demanda a la vez que la oferta. Pero, a la vez, destruyó irremediabilmente las civilizaciones rurales y las culturas tradicionales. Trajo mejoras considerables en el nivel de vida, pero, a la vez, provocó perturbaciones en el modo de vida.

De cualquier modo, en el seno del mercado mundial vemos instalarse y manifestarse:

- desorden en los precios de las materias primas, con sus desastrosas consecuencias en cadena;
- el carácter artificial y precario de las regulaciones monetarias (intervención de bancos centrales para regular el tipo de cambio e impedir, por ejemplo, las caídas del dólar);
- la incapacidad para encontrar regulaciones económicas a los problemas monetarios (las deudas externas, entre ellas la enorme deuda de los países en vías de desarrollo, que es de cientos de miles de millones de dólares) y regulaciones monetarias a los problemas económicos (eliminar o restablecer la libertad del precio del pan, de la harina, etc.), que, a la vez, son problemas sociales y políticos;
- la gangrena de las mafias que se generaliza en todos los continentes;
- la fragilidad ante las perturbaciones no estrictamente económicas (cierre de fronteras, bloqueos, guerras);
- la concurrencia en el mercado mundial, lo que entraña la especialización de las economías locales o nacionales; eso provoca una solidarización cada vez más vital entre cada uno y todos, pero, a la vez, en caso de crisis o de perturbaciones sociales y políticas, la destrucción de esas solidaridades sería mortal para todos y cada uno.

Una vez más, el crecimiento económico causa nuevos desórdenes. Su carácter exponencial no crea sólo un proceso multiforme de degradación de la biosfera, sino también un proceso multiforme de degradación de la psicosfera, es decir de nuestras vidas mentales, afectivas, morales, y todo eso entraña consecuencias en cadena y en bucle.

Los efectos en la civilización que produce la mercantilización de todas las cosas, justamente anunciada por Marx -desde el agua, el mar y el sol, los órganos del cuerpo humano, la sangre, el esperma, el óvulo y el tejido fetal también se vuelven mercaderías-, son la debilitación del don, de lo gratuito, del ofrecimiento, del servicio, la casi desaparición de lo no monetario, lo que entraña la desaparición de valores que no sean el afán de ganancias, el interés financiero, la sed de riqueza...

Por último, se ha puesto en marcha una máquina infernal. Como dice René Passet:

Una competencia internacional insensata impone la búsqueda a cualquier precio de aumentos de productividad que, en lugar de repartirse entre consumidores, trabajadores e inversores, se consagran esencialmente a la compresión de costos para nuevos aumentos de productividad, que, a su vez, etc.²⁴

²⁴ *Les Echos*, mayo de 1992.

En esa concurrencia, el desarrollo tecnológico pronto se utiliza para la productividad y la rentabilidad, creando y acrecentando el paro²⁵ desordenando los ritmos humanos.

Es cierto que la concurrencia es a la vez la gran estimuladora y regularizadora de la economía y sus desarreglos, como la formación de monopolios, pueden ser combatidos por leyes antitrust, pero lo que es nuevo es que la concurrencia internacional alimenta en lo sucesivo una aceleración a la que se sacrifican la convivencia, las posibilidades de reforma y que, de no haber desaceleración, nos conduciría hacia ¿la explosión?, ¿la desintegración?, ¿la mutación?

EL DESORDEN DEMOGRÁFICO MUNDIAL

Había mil millones de seres humanos en 1800, hay seis mil millones hoy. Se prevén diez mil millones para el 2050.

Los progresos de la higiene y de la medicina en los países pobres hicieron que en ellos disminuyera la mortalidad infantil sin que bajara la natalidad. El bienestar y las transformaciones en la civilización que se vinculan con él disminuyen la natalidad en los países ricos. El crecimiento del mundo pobre, más poblado que el mundo rico, supera el decrecimiento de éste. ¿Hasta cuándo? Las previsiones catastróficas anuncian la superación de las posibilidades de subsistencia, la generalización de las hambrunas, el despliegue migratorio de los miserables sobre Occidente. Pero hay factores de retardo, como las políticas antinatalistas (India, China), la tendencia a la reducción del número de hijos con el progreso del bienestar y la modernización de las costumbres.

Es así que no hay que aislar el proceso demográfico sino contextualizarlo en el conjunto de los devenires sociales, culturales y políticos.

La evolución demográfica sigue implicando imprevisibilidades. Hasta hoy, en Europa, las grandes modificaciones en el aumento y disminución de las poblaciones fueron inesperadas. Así un crecimiento demográfico imprevisto comienza en 1940 y se desarrolla en la posguerra; después una brutal disminución se instala en Berlín a fines de la década de 1950 y se va a generalizar en casi toda Europa. Por ello no es seguro que el crecimiento mundial actual deba necesariamente seguir progresando exponencialmente.

LA CRISIS ECOLÓGICA

El aspecto metanacional y planetario del peligro ecológico apareció con el anuncio de la muerte del océano por Eilrich en 1969 y con el informe Meadows encomendado por el Club de Roma en 1972.

Después de las profecías apocalípticas mundiales de 1969/972 hubo un período en que se multiplicaron las degradaciones ecológicas locales -campos, bosques, lagos, ríos, aglomeraciones urbanas contaminadas-. Sólo en la década de 1980 aparecieron:

1) las grandes catástrofes locales de amplias consecuencias: Seveso, Three Mile Island, Chernobyl, desecamiento del mar Aral, contaminación del lago Baikal, ciudades en el límite de la asfixia (México, Atenas). Se percibe que la amenaza ecológica ignora las fronteras nacionales: la contaminación del Rin afecta a Suiza, Francia, Alemania, los Países Bajos, el mar del Norte. Chernobyl conquistó y después desbordó el continente europeo.

2) Los problemas más generales: en los países industrializados, contaminación de las aguas, incluyendo las napas freáticas; envenenamiento de los suelos por exceso de pesticidas y fertilizantes; urbanización masiva de regiones ecológicamente frágiles (como las zonas costeras); lluvias ácidas; almacenamiento de desechos nocivos. En los países no industrializados, desertificación, deforestación, erosión y salinización de los suelos, inundaciones, urbanización salvaje de megalópolis envenenadas por el dióxido de azufre (que favorece el asma), el monóxido de carbono (que provoca trastornos cerebrales y cardíacos), el dióxido de nitrógeno (inmunodepresor).

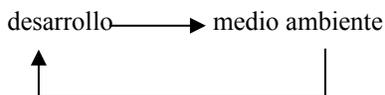
3) Los problemas globales concernientes al planeta en su conjunto: emanaciones de CO₂ que intensifican el efecto invernadero y envenenan a los microorganismos que degradan los desperdicios, alterando importantes ciclos vitales; disminución de la capa de ozono estratosférica, agujero de ozono en la Antártida, exceso de ozono en la tropósfera (parte más baja de la atmósfera).

Así la conciencia ecológica ha llegado a ser la toma de conciencia del problema global y del peligro global que amenaza al planeta. Como dice Jean-Marie Pelt:

El hombre destruye uno a uno los sistemas de defensa del organismo planetario.

²⁵ La cadena industrial del automóvil había permitido crear empleos de garajistas, mecánicos, revendedores, etc. No pasa lo mismo con la informática.

Las reacciones a los peligros fueron en un principio sobre todo locales y técnicas. Después las asociaciones y los partidos ecologistas se multiplicaron y se crearon los ministerios del Medio Ambiente en setenta países; la conferencia de Estocolmo de 1972 dio lugar a la creación de organismos internacionales encargados del medio ambiente (PNUMA); se pusieron en marcha programas internacionales de investigación y de acción (Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente, Programa sobre el Hombre y la Biosfera de la UNESCO). Por último, la conferencia de Río reunió en 1992 a ciento setenta y cinco Estados. Se trata de conciliar las necesidades de salvaguardia ecológica y las necesidades de desarrollo económico del Tercer Mundo. La idea de "desarrollo sustentable" implica la consideración dialógica de la idea de desarrollo, que acarrea crecimiento de las contaminaciones, y la idea de medio ambiente, que requiere limitar las contaminaciones:



De cualquier modo, la idea de desarrollo sigue mostrándose todavía trágicamente subdesarrollada (lo vamos a ver un poco más adelante): aún no se la ha repensado, ni siquiera en el concepto de "desarrollo sustentable".

La conferencia de Río adoptó una declaración sobre las selvas, una convención sobre el clima y sobre la salvaguardia de la biodiversidad; elaboró un plan de acción 21 (siglo XXI) tendiente a que las Naciones Unidas trabajen en conjunto para proteger la biosfera.

No es más que un principio. El deterioro de la biosfera continúa, la desertización y la deforestación tropicales se aceleran, la diversidad biológica disminuye. La degradación sigue avanzando con más rapidez que la recuperación.

Para los treinta años que vienen hay dos tipos de predicciones: las "pesimistas" ven una continuación irreversible de la degradación generalizada de la biosfera, con modificación de los climas, aumento de la temperatura y la evapotranspiración, elevación del nivel del mar (30 a 140 centímetros), extensión de las zonas de sequía, todo eso con una población probable de diez mil millones de seres humanos. Los "optimistas" piensan que la biosfera tiene potencialidades de autorregeneración y de defensa inmunológica que le permitirán salvaguardarse por sí misma, y que la población se estabilizará en alrededor de ocho mil quinientos millones de seres humanos.

De cualquier modo, se impone ser precavidos, de cualquier modo, precisamos un pensamiento ecologista que, fundado en la concepción auto-eco-organizadora, tenga en cuenta el nexo vital de todo sistema viviente, humano o social, con su medio ambiente,

LA CRISIS DE DESARROLLO

La idea de desarrollo fue la idea clave de los años de posguerra. Había un mundo llamado desarrollado dividido en dos, uno "capitalista" y el otro "socialista". Uno y el otro aportaron al tercer mundo su modelo de desarrollo. Hoy, después de múltiples descabros del desarrollo del modelo capitalista occidental, la crisis del aparato comunista ha aparejado el fracaso del modelo "socialista" de desarrollo. Es más, hay una crisis mundial del desarrollo. *El problema del desarrollo se topa con el problema cultural/civilizacional y con el problema ecológico.* El sentido mismo de la palabra desarrollo, tal como se lo usa, implica y provoca el subdesarrollo. De aquí en más es preciso problematizarlo, pero, para realizar esa problematización, precisamos considerar antes los problemas de segundo tipo.

PROBLEMAS DE SEGUNDA EVIDENCIA

EL DOBLE PROCESO, ANTAGONISTA Y VINCULADO, DE LA SOLIDARIZACIÓN Y DE LA BALCANIZACIÓN DEL PLANETA

Los siglos XVII y XVIII conocieron la afirmación de los primeros estados nacionales europeos; el siglo XIX vio la expansión del Estado-nación por nuestro continente y en América del sur. El siglo XX generalizó en Europa la fórmula del Estado-nación (con la dislocación de los imperios otomano, austrohúngaro y después soviético) y en el mundo (con la muerte de los imperios coloniales inglés, francés, holandés y portugués). La ONU cuenta hoy con cerca de doscientos Estados soberanos.

Los primeros Estados nacionales (Francia, Inglaterra, España) reunieron e integraron etnias diversas en un espacio de civilización más amplio, donde lentamente se forjó una unidad nacional. Los Estados poliétnicos constituidos en el siglo XX no pudieron disponer del tiempo histórico necesario para la integración nacional, y se desintegraron no bien disminuyó la coerción que mantenía su unidad, como quedó demostrado en Yugoslavia. Muchos Estados nacionales se formaron a partir de la reivindicación a la soberanía de etnias que se emancipaban de un imperio y, entre esas etnias secularmente mezcladas e imbricadas unas con las otras, muchas conservaban minorías en su seno: fuentes innumerables de conflictos y de exasperación nacionalista, que a veces explotaba y otras era dominada por la presión de las grandes potencias.

En este siglo se afirma cada vez más la aspiración irresistible a constituir una nación dotada de un Estado donde antes se encontraba la etnia. Muchas veces esa aspiración se manifiesta a contramano de las realidades o de los intereses económicos, lo que muestra que la exigencia de nacionalidad tiene fuentes diferentes (necesidad de autonomía y de autoafirmación, necesidad de resarcimiento, de raíces, de comunidad).

Es preciso señalar que, de modo por demás generalizado, el enraizamiento o el reenraizamiento étnico y religioso se cristalizan en el Estado-nación. Para concebirlo, es preciso comprender que el Estado-nación implica una sustancia mitológica/afectiva extremadamente "cálida". La patria es el término masculino/femenino que unifica en él lo maternal y lo paternal. El componente matri-patriótico da valor maternal a la madre-patria, tierra-madre, a donde se dirige naturalmente el amor, y da potencia paternal al Estado, al que se debe obediencia incondicional. La pertenencia a una patria da lugar a la comunidad fraternal de patriotas. Esa fraternidad mitológica puede reunir en ella a millones de individuos que no tienen ningún lazo consanguíneo. Y de ese modo la nación restaura en su dimensión moderna el calor del lazo familiar, clánico o tribal, perdido por el hecho mismo de la civilización moderna, que tiende a atomizar a los individuos. En el adulto restaura la relación infantil que se da en el seno del hogar protector. A la vez, el Estado aporta fuerza, armas, autoridad, defensa. Desde entonces, los individuos, desorientados ante las crisis del presente y la crisis del futuro, encuentran en el Estado-nación la seguridad y la comunidad que precisan.

Paradójicamente es la era planetaria misma la que ha permitido y favorecido el desmigajamiento generalizado en Estados nacionales: en efecto, la exigencia de nación es estimulada por un movimiento de resurgimiento de la identidad ancestral, que tiene lugar en reacción a la corriente planetaria de homogenización civilizacional, y esa exigencia se ve intensificada por la crisis generalizada del futuro. A la vez que el resurgimiento familiar/mitológico del pasado, el Estado-nación permite organizar el presente y afrontar el futuro. A través de él la técnica, la administración, el ejército, van a dar grandeza y poder a la comunidad. De ese modo, el Estado nacional corresponde a la vez a una exigencia arcaica que suscitan los tiempos modernos y a una exigencia moderna que resucita la exigencia arcaica.

Sin duda, en el desplome de los imperios, incluyendo el reciente del imperio soviético, la dislocación en naciones y hasta en mininaciones fue liberadora y el resurgimiento étnico o nacional lleva consigo potencialidades renovadoras. Pero los Estados-nación poliétnicos, desgajados recientemente de los imperios dislocados, no tienen el tiempo histórico de integrar sus etnias o sus minorías, lo que es fuente de conflictos y de guerras. Avasallan, expulsan o aniquilan a quienes podían tolerar la ciudad o el imperio: la minoría étnica. El carácter absoluto de su soberanía, su rechazo a toda instancia de decisión superior, el carácter ciego, conflictivo y a menudo paranoico de las relaciones entre los Estados, la insuficiencia radical del embrión de instancia supranacional parcial -en el doble sentido de incompleto y partidario- que es la ONU, todo ello ha provocado una situación de balcanización generalizada en el instante preciso cuando la era planetaria requiere de la asociación de los Estados-naciones y, por razones que conciernen a la humanidad en su conjunto, la superación de su poder absoluto. En realidad, la proliferación de naciones nuevas impide la formación de vastas confederaciones o federaciones que se han vuelto necesarias por la intersolidaridad acrecentada de los problemas. De ese modo, después de haber agotado su fecundidad histórica (que fue la de constituir espacios de civilización más vastos que las ciudades y mejor integrados que los imperios), el Estado-nación soberano absoluto se impone de modo universal, dislocando en casi todas partes las posibilidades asociativas²⁶ e impidiendo la constitución de instancias de solidaridad metanacionales.

De cualquier modo, los Estados-nación, incluyendo a los grandes Estados-nación poliétnicos, son ya demasiado pequeños para los grandes problemas, en adelante inter y transnacionales: los problemas de la economía, los del desarrollo, los de la civilización tecnointustrial, los de la homogenización de los modos y géneros de vida, los de la desintegración de un mundo campesino milenario, los de la ecología, los de la droga, son problemas planetarios que exceden las competencias nacionales. Es así que el cierre sobre sí mismo, la balcanización generalizada suscitan algunos de los principales peligros del fin del milenio.

A través de los antagonismos entre naciones se reactiva el antagonismo de las religiones, en especial en zonas a la vez de interferencias y de fractura como India/Pakistán y Medio Oriente; el antagonismo modernidad/tradición se

²⁶ El único contraejemplo, que no llega a ser ejemplar, es el de la comunidad que nació al oeste de la pequeña Europa.

agrava en el antagonismo modernidad/fundamentalismo; el antagonismo democracia/totalitarismo se ha debilitado, pero va a dar lugar a un antagonismo virulento: democracia/dictadura; el antagonismo Occidente/Oriente se nutre de esos antagonismos y los nutre, como el antagonismo Norte/Sur, con lo que se mezclan los intereses estratégicos y económicos antagónicos de las grandes potencias. Todos esos antagonismos se cruzan en las grandes zonas sísmicas del globo (como la que va de la zona de Armenia/Azerbaiján hasta Sudán) y se concentran allí donde hay religiones y etnias mezcladas, fronteras arbitrarias entre Estados, exasperación de rivalidades y privaciones de todos los órdenes, como en Medio Oriente.

Recordemos, por último, la triple crisis que cavó una zona depresiva de Gdansk a Viadivostok: crisis política donde el hundimiento del totalitarismo no dio lugar más que a embriones democráticos inciertos y frágiles, crisis económicas a las que fueron catapultadas las poblaciones que perdieron las seguridades y mínimos vitales de un sistema viejo, sin haber adquirido todavía las ventajas esperadas del nuevo, crisis nacional donde las etnias que acceden a la soberanía nacional se oponen a la minorías que, en su seno, reclaman los mismos derechos y se oponen a las naciones a las que pertenecen sus propias minorías, lo que provoca el avance paroxístico de los nacionalismos. Esas tres crisis se mantienen unas a las otras: la historia nacionalista se ve favorecida por la crisis económica, y una y la otra favorecen el arribo de nuevas dictaduras. Como dijo el filósofo israelí Leibovitz:

Se pasa fácilmente del humanismo al nacionalismo y del nacionalismo al bestialismo.

No estamos más que en el inicio de la formación de ese ciclón histórico de crisis intervirulentas, y nadie sabe qué resultará finalmente en Europa del encuentro entre el flujo asociativo procedente del Oeste y la ola disociativa proveniente del Este.

El Africa en crisis²⁷ ve agravarse una situación marcada a la vez por el derrumbe de dictaduras "socialistas", la impotencia para reemplazarlas por democracias, el retroceso de las inversiones occidentales, la debilidad o la corrupción de las administraciones, la endemia de las guerras tribales y/o religiosas, lo que se traduce en devastaciones y hambrunas crecientes en Somalia, Etiopía, Sudán, Mozambique.

El continente asiático tampoco se halla al abrigo de convulsiones que, en caso de dislocaciones y guerras étnicas en China e India, entrañarían cataclismos humanos.

Es así que el siglo XX ha creado y parcelado, a la vez, un tejido planetario único; sus fragmentos se aíslan, se erizan, se combaten entre ellos y tienden a destruir el tejido sin el cual no habrían podido existir ni desarrollarse. Los Estados dominan la escena mundial como titanes brutales y borrachos, potentes e impotentes. ¿Cómo superar su era bárbara?

LA CRISIS UNRVERSAL DEL FUTURO

Europa había diseminado la fe en el progreso en el planeta entero. Las sociedades, arrancadas de sus tradiciones, iluminan su futuro ya no siguiendo la lección del pasado, sino avanzando hacia un futuro promisorio y prometido. El tiempo era un movimiento de ascenso. El progreso se identificaba con la propia marcha de la historia humana y era propulsado por los desarrollos de la ciencia, de la técnica, de la razón. La pérdida de la relación con el pasado era reemplazada, compensada, por la adquisición del avance hacia el futuro. La fe moderna en el desarrollo, el progreso y el futuro se habían expandido en la Tierra entera. Esa fe constituía el fundamento común de la ideología democrático-capitalista occidental, donde el progreso prometía bienes y bienestar terrestres y la ideología comunista, religión de salvación terrestre, que llegaba a prometer el "paraíso socialista". El progreso estuvo en crisis dos veces en la primera mitad del siglo en el despliegue bárbaro de las dos guerras mundiales que opusieron e hicieron retroceder a las naciones más avanzadas. Pero la religión del progreso encontró el antídoto que exaltó su fe allí donde había debido derrumbarse. Los horrores de las dos guerras fueron considerados como las reacciones de antiguas barbaries y hasta como anuncios apocalípticos de tiempos felices. Para los revolucionarios, esos horrores provenían de las convulsiones del capitalismo y del imperialismo, y no ponían en duda la promesa de progreso. Para los evolucionistas, esas guerras eran desvíos que sólo suspendían por un tiempo la marcha hacia adelante. Después, cuando se impusieron el nazismo y el comunismo estalinista, sus caracteres bárbaros fueron enmascarados por sus promesas "socialistas" de prosperidad y felicidad.

La posguerra de 1945 vio la renovación de grandes esperanzas progresistas. Se restauró un futuro excelente, ya en la idea de porvenir radiante que promete el comunismo, ya en la idea de porvenir apacible y próspero que promete la

²⁷ En 1960 participaba en un 9% en los intercambios internacionales y era autosuficiente en alimentos.

idea de sociedad industrial. En todas partes en el Tercer Mundo la idea de desarrollo parece deber aportar un futuro liberado de las peores trabas que pesan sobre la condición humana.

Pero todo se da vuelta a partir de los años 1970.

El porvenir radiante zozobra: la revolución socialista revela su rostro dantesco en la URSS, China, Vietnam, Camboya y hasta Cuba, considerada por mucho tiempo "paraíso socialista" de bolsillo. El sistema totalitario hace implosión en la URSS y se generaliza la fe en el futuro "socialista". En el Oeste, la crisis cultural de 1968 se ve seguida en 1973 por el hundimiento de las economías occidentales en una fase depresiva de larga duración. Finalmente, en el Tercer Mundo, los fracasos del desarrollo desembocan en regresiones, estancamientos, hambrunas, guerras civiles/tribales/religiosas. Las balizas que señalan el camino del futuro han desaparecido. Los futurólogos ya no predicen más y algunos cierran el negocio.²⁸ La nave Tierra navega en la noche y en medio de la niebla.

En esa misma época, el núcleo mismo de la fe en el progreso -ciencia/técnica/industria- se muestra progresivamente más y más corroído. La ciencia revela una ambivalencia cada vez más radical: el dominio de la energía nuclear por las ciencias físicas conduce no ya solamente al progreso humano sino también al aniquilamiento humano: las bombas de Hiroshima y Nagasaki, reemplazadas por la carrera armamentista nuclear de las grandes y luego medianas potencias hacen pesar su amenaza sobre el futuro del planeta. La ambivalencia se adueña de la biología en los años 1980: el reconocimiento de los genes y de los procesos biomoleculares conduce a las primeras manipulaciones genéticas y promete manipulaciones cerebrales que controlarían y someterían los espíritus.

En la misma época también se pone de manifiesto que los subproductos de desecho de la industria, así como la aplicación de métodos industriales a la agricultura, a la pesca y a la ganadería, causan deterioros y contaminaciones cada vez más masivos y generalizados y que amenazan la biosfera terrestre y hasta la psicosfera.

De este modo, en todas partes, el desarrollo de la tríada ciencia/tecnología/industria pierde su carácter providencial. La idea de modernidad todavía sigue siendo atrayente y llena de promesas en todas partes donde se sueña con el bienestar y los medios técnicos liberadores. Pero comienza a ser cuestionada en el mundo del bienestar adquirido. La modernidad era y sigue siendo un complejo de civilización animado por un dinamismo optimista. Pero la problematización de la tríada que anima ese dinamismo la problematiza a ella misma. La modernidad llevaba en su seno la emancipación individual, la secularización general de los valores, la diferenciación de lo verdadero, de lo bello, del bien. Pero en lo sucesivo el individualismo no significa más sólo autonomía y emancipación, significa también atomización y anonimización. La secularización significa no sólo liberación en relación con los dogmas religiosos, sino también pérdida de fundamentos, angustia, duda, nostalgia de las grandes certidumbres. La diferenciación de los valores desemboca no ya solamente en la autonomía moral, la exaltación estética, la libre indagación de la verdad, sino también en la desmoralización, el esteticismo frívolo, el nihilismo. La virtud hasta ahora rejuvenecedora de la idea de nuevo (nuevo=mejor=necesario=progreso) se agota, y sólo conserva valor para los jabones, los aparatos de televisión y los rendimientos de los automóviles. Ya no habrá "nouveau roman", "nouveau cuisine" ni "nueva filosofía".

Si la conciencia de la ambivalencia de todos los procesos que ha desarrollado la modernidad y que han desarrollado a la modernidad se manifiesta en Occidente, la crítica de la modernidad, lejos de poder superarla, da a luz a un pobre posmodernismo que sólo consagra la incapacidad de concebir un futuro.

Sin embargo, en todas partes reina el sentimiento, difuso o agudo, de la pérdida del futuro. En todas partes se instala la conciencia de que no estamos en la anteúltima etapa de la historia, donde ésta va a cumplir su gran expansión. En todas partes se siente que no se avanza hacia un porvenir radiante y ni siquiera hacia un porvenir feliz. Pero todavía no hay conciencia de que estamos en la edad de hierro planetaria, en la prehistoria del espíritu humano.

La enfermedad del futuro se mezcla con el presente y provoca una angustia psicológica, en especial cuando el capital de fe de una civilización se halla invertido en el futuro.

La vida cotidiana puede amortiguar el sentimiento de esa crisis de futuro y hacer que, a pesar de las incertidumbres, se tengan esperanzas individuales para uno mismo, se traigan niños al mundo, se proyecte su futuro.

Pero, a la vez, la crisis de futuro determina un gigantesco reflujo hacia el pasado, tanto mayor cuanto que el presente es miserable, angustioso, desdichado. El pasado, que había sido arruinado por el futuro, resucita de la ruina del futuro. De allí ese formidable y multiforme movimiento de resurgimiento y de retorno a los fundamentos étnicos, nacionales o religiosos perdidos u olvidados, donde surgen los diversos "Fundamentalismos".²⁹

Los efectos de esas formidables oscilaciones de cabo a rabo entre pasado y futuro no se han agotado y muchos son imprevisibles.

²⁸ Como el centro de investigaciones sobre el futuro de la Universidad de California del Sur. Subsisten institutos que se orientan esencialmente a programas tecnológicos a corto plazo, como el centro de investigaciones sobre el futuro de Palo Alto.

²⁹ Los años 1977-1980 marcan un cambio importante: en 1977 el sionismo laico dejó su lugar a un israelismo bíblico con la llegada de Begin al poder; en 1978, Juan Pablo II fue elegido Papa y entabla la reevangelización del mundo; en 1979, Irán, más o menos laicizado, cae en poder del ayatollah. Khomeini.

De todos modos, ninguna ley de la historia asegura automáticamente el progreso. El porvenir no es necesariamente desarrollo. En adelante el futuro se llama incertidumbre.

LA TRAGEDIA DEL "DESARROLLO"

El desarrollo es la palabra maestra, incluso en boca de la ONU, en la que se encontraron todas las vulgatas ideológicas de la segunda mitad de nuestro siglo. En el fundamento de la idea madre de desarrollo se halla el gran paradigma occidental del progreso. El desarrollo debe asegurar el progreso, el cual debe asegurar el desarrollo.

El desarrollo tiene dos aspectos. Por una parte es un mito global en el que las sociedades que llegan a industrializarse alcanzan el bienestar, reducen sus desigualdades extremas y facilitan a los individuos el máximo de felicidad que puede dispensar una sociedad. Por otra parte, se trata de una concepción reduccionista, en la que el crecimiento económico es el motor necesario y suficiente de todos los desarrollos sociales, psíquicos y morales. Esa concepción tecnoeconómica ignora los problemas humanos de la identidad, de la comunidad, de la solidaridad, de la cultura. De ese modo, la noción de desarrollo se muestra gravemente subdesarrollada. La noción de subdesarrollo es un producto pobre y abstracto de la noción pobre y abstracta de desarrollo.

Ligada a la fe ciega en la irresistible marcha hacia adelante del progreso, la fe ciega en el desarrollo ha permitido por una parte eliminar las dudas y, por la otra, ocultar las barbaries concretadas en el desarrollo del desarrollo.

El mito del desarrollo determinó la creencia de que había que sacrificar todo por él. Permitió justificar las dictaduras despiadadas, fueran del modelo "socialista" (partido único) o del modelo prooccidental (dictadura militar). Las crueldades de las revoluciones del desarrollo agravaron las tragedias de los subdesarrollados.

Después de treinta años dedicados al desarrollo, el gran desequilibrio Norte/Sur sigue en pie y las desigualdades se agravan. Un 25% de la población del globo, que vive en los países ricos, consume el 75% de la energía; las grandes potencias conservan el monopolio de la alta tecnología y se apropian hasta del poder cognitivo y manipulador sobre el capital genético de las especies vivas, incluyendo la humana. El mundo desarrollado destruye excedentes agrícolas y pone sus tierras en barbecho mientras se multiplican penurias y hambrunas en el mundo pobre. Cuando hay guerras civiles o desastres naturales, la ayuda caritativa momentánea resulta devorada por los parásitos burocráticos o de los negocios. El Tercer Mundo sigue sufriendo la explotación económica, pero sufre también la ceguera, la limitación de ideas, el subdesarrollo moral e intelectual del mundo desarrollado.

En Africa los suelos se agotan, el clima se degrada, la población crece, el sida devasta. A una policultura que satisfacía las necesidades familiares y locales la sustituye una monocultura sometida a los azares del mercado mundial. A los golpes de ese azar, el monocultivo vive crisis sobre crisis; los capitales invertidos en los sectores en crisis huyen. El éxodo de los campesinos llena las villas de miserias de desocupados. La monetarización y la mercantilización de todas las cosas destruyen la vida comunitaria de intercambio de servicios y de convivencia. La mejor de las culturas indígenas desaparece en beneficio de lo peor de la civilización occidental.

La concepción desarrollista fue y es ciega a las riquezas culturales de las sociedades arcaicas o tradicionales, que no son vistas sino a través de anteojos economicistas y cuantitativistas. En sus culturas no ha señalado más que ideas falsas, ignorancia, supersticiones, sin imaginar que contenían intuiciones profundas, saberes acumulados en milenios, sabiduría de vida y valores éticos atrofiados entre nosotros. Fruto de una racionalización occidentalocéntrica, el desarrollismo fue a la vez ciego al hecho de que las culturas de nuestras sociedades desarrolladas incluyen en ellas, como todas las culturas, pero de modos diferentes, al lado de verdades y virtudes profundas (entre ellas la de la racionalidad autocrítica que permite ver las carencias y las fallas de nuestra propia cultura) ideas arbitrarias, mitos infundados (entre ellos el mito providencialista del progreso), enormes ilusiones (como la ilusión de haber llegado a la cima de la racionalidad y de ser los depositarios exclusivos de ella) y cegueras terroríficas (como la del pensamiento parcelario, compartimentado, reductor y mecanicista).

En su propia fuente europea, el desarrollo de la modernidad urbana e industrial ha provocado la destrucción de culturas rurales milenarias y comienza a atacar el tejido de las diversas culturas regionales, que resisten de modo desigual. En el seno de las grandes culturas históricas de Asia y del mundo islámico se ha resistido a la occidentalización ya asumiendo una doble identidad (Japón, Marruecos), ya regenerando el fondo religioso y étnico. Como se dijo más arriba, la resistencia a la occidentalización se opera también apropiándose de armas e instrumentos de Occidente: la fórmula del Estado-nación, las técnicas industriales, administrativas y militares, las ideologías emancipadoras del derecho de los pueblos.

Así, en el mismo proceso se da un doble movimiento de reenraizamiento en el pasado y de lanzamiento hacia el futuro. Una dinámica compleja, en la que interactúan identidad/religión/nación/Estado/técnica, y en la que intervienen el capitalismo, las ideologías de Occidente, la ideología revolucionaria y la cultura de masas, provoca

rebelión, esperanza y después resignación, desesperación y nuevamente rebelión. Todo eso no se da sin desgarramientos, conflictos interiores, compromisos bastardos; de cualquier modo, la occidentalización progresa a través de la tecnificación, la mercadización, la mercantilización y la ideologización y, en sentido contrario, como se vio más arriba, progresan la balcanización y el retorno a la identidad etnorreligiosa.

En el resto del mundo, el desarrollo tiende a culminar la desintegración de las culturas arcaicas comenzada desde los tiempos históricos y proseguida masivamente por la colonización. El mundo de las culturas indígenas, reducido hoy a tres cientos millones de personas, avanza hacia la muerte.

Asistimos a la última fase de la aniquilación de las culturas de cazadores-recolectores que todavía subsisten en las selvas tropicales, las montañas salvajes o las extensiones desérticas. Los progresos de la medicina aportan higiene y curación, pero hacen que se pierdan los remedios y las prácticas de curanderos o brujos; la alfabetización aporta la cultura escrita, pero destruye las culturas orales que llevan en ellas saberes y sabidurías milenarias. Los tipos tradicionales de personalidad resultan destruidos.

La experiencia reciente en la bahía James ilustra el proceso. En la lógica del desarrollo, Hydro-Quebec emprendió la construcción de grandes presas, destinadas a proporcionar electricidad barata a la provincia, y, por eso mismo, a atraer la instalación de fábricas de aluminio. Parte del territorio se compró a los indios Cris, lo que les proporcionó los medios para volverse sedentarios, adquirir casas y equipamiento electrodoméstico y adoptar y adaptarse al trabajo/ energía/crecimiento, etcétera. Pero, en los territorios adquiridos por Hydro-Quebec, la creación de lagos artificiales cortó las rutas migratorias de los caribús, y la liberación de fósforo por sus aguas volvió no comestible al pescado. Los hombres, obligados a abandonar sus antiguas actividades vitales de cazadores y pescadores, se fueron a trabajar en la construcción de los diques y después se transformaron en desocupados. Los viejos se dejaron morir, inactivos. Los jóvenes cayeron en el alcoholismo y pueden verse niños de cuatro años emborrachándose con cerveza. Las mujeres que, sin transición, abandonaron el pescado y la carne por los farináceos y los dulces se volvieron obesas. La antigua comunidad se destruyó y no se construyó una nueva. El altruismo dejó su lugar al egoísmo. Un antiguo modo de vida, un antiguo mundo de vida, se ha muerto. Llegó el bienestar doméstico, con el alcoholismo, la droga, el aburrimiento. Los Cris hoy son ricos en mercaderías y empobrecidos de alma, desdichados y se hallan en vías de desaparición.

En todos los casos, incluyendo Europa, pero con mayor gravedad fuera de Europa, el desarrollo destruye más o menos rápidamente las solidaridades locales, los rasgos originarios adaptados a las condiciones ecológicas singulares.

Sin duda no hay que idealizar las culturas. Hay que saber que toda evolución implica abandono, toda creación implica destrucción, todo avance histórico se paga con una pérdida. Hay que comprender que, mortal como todo lo que vive, cada cultura es digna de vivir y debe saber morir. A la vez, debemos sostener la necesidad de una cultura planetaria. Es cierto que la multiplicidad de las culturas, maravillosas adaptaciones a las condiciones y problemas locales, impide hoy el acceso al nivel planetario. Pero ¿no se puede extraer de cada una y generalizar lo que aportó de mayor riqueza? ¿Cómo integrar los valores y tesoros culturales de culturas que se desintegran? ¿No es demasiado tarde? Debemos pues enfrentar dos comandos contradictorios: salvar la extraordinaria diversidad cultural que ha creado la diáspora de la humanidad y, a la vez, alimentar una cultura planetaria común a todos. Además, vemos que paralelamente al proceso de homogenización civilizacional que implica el despliegue tecnoindustrial, también hay un proceso de encuentros y sincretismos culturales: sin cesar, la diversidad cultural se recrea en los Estados Unidos, en América latina y en Africa. Pero no es menos cierto que el desarrollo tecnoindustrial amenaza culturalmente al mundo.

En todas partes se da la tecnificación generalizada, la industrialización generalizada, la urbanización generalizada, con efectos ambivalentes de los que no se sabe todavía cuáles prevalecerán. Todo eso determina a gran velocidad la destrucción de las culturas agrarias, el fin del mundo campesino multimilenario: mientras que el 3% de la población mundial vivía en ciudades en 1800, un 80% de los habitantes son urbanos en el Occidente europeo. Las megalópolis como México, Shangai, Bombay, Yakarta o Tokio-Osaka no dejan de crecer. Esos monstruos urbanos sufren (y hacen sufrir a sus habitantes) embotellamientos, ruidos, stress, contaminación de todo tipo. La miseria material prolifera en sus villas miseria, la miseria moral no se halla concentrada solamente en los barrios de droga y de delincuencia: también reina en los barrios lujosos protegidos por policías y gorilas.

Los demógrafos de la ONU prevén que, hacia el año 2000, más del 50% de la población mundial vivirá en un medio urbano, 60 megalópolis incluirán más de 650 millones de habitantes, es decir, 8,3% de la población mundial sobre un diez milésimo de las tierras emergidas. De 21 megalópolis de más de diez millones de habitantes, 17 estarán en los países pobres.

¿A dónde lleva el desarrollo mundial?

Unos marchan hacia el desastre; los otros, que salen del subdesarrollo, van a encontrarse con los problemas de la civilización del mundo desarrollado. Este, por su parte, soporta en su seno un desarrollo del subdesarrollo económico: 35 millones de seres humanos se hallan por debajo del nivel de la pobreza en Estados Unidos. Parece que entramos en una sociedad "dual", que rechaza en sus guetos a los excluidos del desarrollo, entre ellos un 10 a 20% de desocupados.

¿Vamos hacia la crisis mundial del desarrollo?

Sea como sea, es preciso rechazar el concepto subdesarrollado del desarrollo, que hacía del crecimiento tecnoindustrial la panacea de todo desarrollo antropológico, y renunciar a la idea mitológica de un progreso irresistible en aumento hasta el infinito.